

PERSONAJES

LEONOR

SOLDADO

JUAN

ALAIS

NARRADOR

ACTO I

ESCENA I

Una cámara negra. De los peines cuelgan tiras de gasa color púrpura de unos dos metros de ancho, hasta posarse en el suelo, colocados de forma perpendicular y horizontal hacia el público para que las luces y los actores puedan jugar entre ellos. A la derecha una liviana silla con un pequeño escritorio. La escena está a oscuras. Se enciende un foco y un haz de luz cenital ilumina la figura de Leonor de espaldas al público, sentada frente al escritorio.

NARRADOR.- En Nottingham, en el año del Señor de 1.180; Leonor, Reina de Inglaterra, duquesa de Aquitania, condesa de Poitou, tras siete años de cautiverio mantiene su espíritu inquebrantable a pesar de que la libertad comienza a ser un recuerdo lejano. Los temores que invaden su alma, apenas logran amargar la dulce esperanza de que algún día, su venganza se cernirá sobre Enrique y pagará cada hora, cada minuto, cada segundo que le ha sido destinado en esta prisión. El miedo, aún

debe aguardar su turno para jugar con su corazón entre sus afiladas garras.

Se ilumina el escenario, la luz se reflejará contra las telas creando un ambiente de fuerza e intranquilidad. Un soldado entra llevando un plato con algo de comida. Mira a la reina. Duda. No sabe si acercarle la comida o dejársela en el suelo.

SOLDADO.- *(Indiferente.)* El almuerzo, señora.

Leonor no contesta. El soldado deja el plato en el suelo y se dispone a marcharse.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* Os lo agradezco.

El soldado se frena al escucharla y vuelve a girarse hacia ella.

LEONOR.- *(Sin volverse.)*¿Deseáis algo más?

El soldado no reacciona. No entiende la pregunta, ni la altivez de la prisionera.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* Pues coged ese plato y probad la comida.

SOLDADO.- *(Tras una ligera duda.)* Ese no es mi cometido. Yo sólo os la traigo.

LEONOR.- Vuestro cometido será aquél que yo disponga.

Leonor se levanta muy lentamente y mirándole en actitud de desafío.

LEONOR.- *(Orgullosa.)*¡Soy la reina!

El soldado la observa un par de segundos.

SOLDADO.- *(Con humildad.)* Para mí sois una prisionera.

LEONOR.- *(Da un paso hacia él. Intimidándole con la mirada.)* Probad esa comida y decidme si es digna de mí.

SOLDADO.- Es digna de una persona encarcelada.

LEONOR.- Coged ese plato y dádselo a los perros, quizá ellos estén acostumbrados a comer esa bazofia.

SOLDADO.- Como gustéis, Señora. Y gracias.

LEONOR.- *(Extrañada.)* ¿Por qué?

SOLDADO.- Por los perros.

El soldado coge el plato y se va a marchar. Leonor le detiene.

LEONOR.- Esperad. ¿Cuál es vuestro nombre?

SOLDADO.- *(De espaldas a la reina.)* Los soldados no tenemos nombre.

LEONOR.- *(Despectiva.)* Demasiado poético para un carcelero.

SOLDADO.- *(Volviéndose a ella.)* Nosotros nos limitamos a obedecer. Para eso no hace falta nombre, Señora.

LEONOR.- *(Sentándose en la silla.)* Sabed, que algún día, tornará mi destino y entonces podría agradeceros o demandaros vuestro comportamiento.

SOLDADO.- Me temo que ese día, la reina estará tan alegre que no se acordará de un soldado que, durante su cautiverio, se limitaba a cumplir órdenes.

Leonor le mira intrigada por sus respuestas.

LEONOR.- Acercaos.

El soldado se acerca con humildad pero sin humillarse ante la reina. Se queda a unos metros de ella, como si guardara la distancia que separa sus vidas.

LEONOR.- ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

SOLDADO.- El suficiente.

LEONOR.- Sois escueto.

SOLDADO.- Soy soldado.

LEONOR.- El suficiente ¿para qué? ¿Para que el mundo haya entrado a formar parte de vuestros recuerdos? ¿Para soñar con vivir en otra parte? O ¿para maldecir los vientos que os trajeron a estas tierras?

SOLDADO.- Simplemente... el suficiente.

LEONOR.- ¿No ambicionáis una vida mejor?

SOLDADO.- Ya no.

Leonor le mira extrañada por la ambigüedad de la respuesta, animándolo a seguir.

SOLDADO.- En otros tiempos ambicionaba sólo una vida.

LEONOR.- *(Juega con un anillo.)* Presiento que la fortuna os ha sido esquiva. Un desdichado más en Inglaterra. Dejadme pensar... ¡Sentaos!

Leonor se levanta y pasea. El soldado mira a su alrededor. Sólo hay un asiento, el que ocupaba la reina.

LEONOR.- *(Irónica.)* Supongo que siendo un soldado estaréis acostumbrado al roce del suelo.

SOLDADO.- Sí, Señora. *(El soldado se sienta en el suelo)*

LEONOR.- Nosotros no nos acostumbramos a vivir en esta... “precariedad”; esa es una ventaja que el pueblo tiene sobre los nobles.

SOLDADO.- Si vos lo decís.

LEONOR.- Podéis viajar a dónde queráis con un vestido roto y una idea en la cabeza. Eso tiene un nombre.

SOLDADO.- ¿Miseria?

LEONOR.- No, libertad.

SOLDADO.- Ignoro si esa libertad sirve de algo.

LEONOR.- En esta vida todo sirve de algo. Dicen los filósofos que la libertad no tiene precio, pero ellos no saben mucho de la vida porque yo creo que en algunos casos... *(Enigmática)* se puede comprar.

SOLDADO.- Con un vestido roto y una idea en la cabeza pocas cosas se compran.

Al pasar por su lado, Leonor deja caer el anillo en las manos del soldado.

LEONOR.- Debo reconocer que hacía mucho tiempo que no mantenía una conversación... digamos, tan ágil. Decidme, ¿creéis en el destino?

SOLDADO.- Creo en que después del día se sucede la noche.

LEONOR.- Sin duda vuestra fe es débil, pero puede servirme. Dentro de dos semanas mi “estimado” Glanville, me llevará de nuevo a la torre de Salisbury. ¿No es así?

SOLDADO.- Dos semanas es mucho tiempo para saber con certeza lo que va a ocurrir.

LEONOR.- ¿Eludís la respuesta?

SOLDADO.- No, Señora, la desconozco.

LEONOR.- Desde hace doce años me cambian constantemente de castillo para impedir que coja confianza con mis guardianes. ¿Sabéis por qué?

SOLDADO.- No.

LEONOR.- *(Orgullosa.)* Porque me temen. Saben que soy capaz de cualquier cosa, de convencer a un hombre, de dejarme amar por ese hombre y de matarlo sin que me tiemble el pulso si me siento traicionada. Y todo ello... por conseguir mis propósitos. Por ese motivo, *(Con una sonrisa irónica.)* todos temen a la reina.

El soldado hace un gesto de perplejidad.

LEONOR.- ¿Qué pensáis?

SOLDADO.- Nada, Majestad. Me sorprende que os satisfaga que vuestra gente os tema.

LEONOR.- Cuando esa “gente”, como vos decís, no te ama, sólo hay una forma de gobernar: bajo el miedo. *(Leonor se acerca hasta casi rozarle.)* ¿Vos no me teméis?

SOLDADO.- El temor nos asalta cuando poseemos algo que nos negamos a perder. Yo os respeto.

LEONOR.- Perfecto. *(Se aleja de él)* Hoy, el honorable Glanville, me envía un carcelero nuevo para evitar que confraternice. Un hombre que me respeta y que se atreve a mantener una conversación conmigo. ¿No os dais cuenta de lo que ha conseguido con su torpeza?

SOLDADO.- No, señora.

LEONOR.- Con ese gesto ¡ha unido nuestros destinos!

El soldado mira el anillo en silencio.

LEONOR.- *(Impaciente ante el silencio.)* ¿No decís nada?

SOLDADO.- *(Ofreciéndole el anillo.)* Se os ha caído este anillo.

Leonora no hace intención de cogerlo.

LEONOR.- En verdad sois un hombre desconcertante.

SOLDADO.- No pretendo serlo, señora.

LEONOR.- ¿Sabéis lo que os estoy ofreciendo?

SOLDADO.- ¿Debería saberlo?

LEONOR.- *(Indignada.)* ¿Os estoy ofreciendo la mayor oportunidad de vuestra miserable vida!

SOLDADO.- ¿Un simple anillo encierra tan desmesurada fortuna?

LEONOR.- *(Persuasiva.)* Ese anillo y muchas alhajas más, pasarán a vuestro poder si me ayudáis.

SOLDADO.- ¿De qué me iban a servir?

LEONOR.- *(Irónica.)* ¿También carecéis de imaginación? Para vivir, para comer, para ser feliz, para soñar.

SOLDADO.- Los muertos no sueñan.

LEONOR.- ¿Por qué habláis de muerte cuando yo os ofrezco una vida tan maravillosa que ni siquiera sabéis que existe?

SOLDADO.- Si el Rey llegara a enterarse de...

LEONOR.- *(Cortándole.)* ¡El Rey! ¡El Rey! ¿Quién creéis que es ese bastardo? : ¡¡Dios!?

SOLDADO.- Según vuestras leyes... sin duda.

LEONOR.- No seáis insolente y escuchadme: No os estoy hablando sólo de las riquezas que os otorgaré, mi hijo Ricardo os recompensará con creces el esfuerzo que os supondrá llevarme de Nottingham a Aquitania.

SOLDADO.- *(Pesaroso.)* Señora, yo...

LEONOR.- ¿Qué deseáis? ¿Seguir en el ejército? Ricardo os dará un buen cargo en el suyo. Y os aseguro que tarde o temprano será Rey de Inglaterra. ¿Qué ambición os corroe? ¿Poseer siervos y tierras? Yo os las daré. *(Sugere, casi al oído del soldado)* ¿Soñáis con placeres mundanos? Si os nombro señor de algún castillo, os aseguro que no os faltaran jóvenes que quieran desposarse con vos, ni amantes que alegren la tristeza de vuestras sábanas. *(Alejándose de él)* ¿Preferís una vida de retiro? Elegid el monasterio y allí seréis destinado. ¿Qué queréis? Decídmelo.

SOLDADO.- Nada.

(Hay un silencio. Leonor se vuelve hacia el soldado con un gesto de incredulidad dibujado en la cara.)

LEONOR.- ¿Nada?

(El soldado asiente.)

LEONOR.- *(Repite mecánicamente.)* Nada... nada... nada... *(Se deja caer en la silla. Para ella.)* ¿Con qué se puede tentar a un hombre muerto en vida? *(Al soldado.)* ¿Vos sabéis por qué me hallo aquí?

SOLDADO.- Por traición al Rey.

LEONOR.- ¡Él fue el primero que me traicionó! Como traicionó a Becket, a Luís. La traición podría ser un sinónimo de su nombre: Enrique Plantagenet. Pero no le basta con traicionarte, te roba la vida. Usurpa tu destino. Aunque el Señor hubiera creado cientos de infiernos, no habría suficientes para que purgara sus pecados durante toda la eternidad un demonio como él. No le bastó con que me humillara y aceptara traer a la corte a sus bastardos para criarlos junto a mis hijos, no le bastó con la caricia de miles de meretrices cuando yo no estaba a su lado. *(Destilando odio en cada palabra.)* En Poitiers, delante de toda la corte, desapareció en plena fiesta en compañía de esa aprendiz de concubina: la condesa Avisa.

SOLDADO.- ¿No hicisteis nada por evitarlo?

LEONOR.- *(Orgullosa.)* La reina no se arrastra por nadie, soldado.

SOLDADO.- ¿Ni siquiera por su rey?

LEONOR.- Ni siquiera por su rey. *(Suelta una risa maquiavélica.)* Aquella noche... el Conde de Leicester disfrutó de mi faceta más mundana. Tendríais que haber visto la cara de vuestro rey cuando a la mañana siguiente yo misma le confesé lo fogoso que era su vasallo. *(Suelta una ligera risa recordando la cara de Enrique. Pero vuelve a su tono orgulloso.)* Allí le advertí,

que Leonor de Aquitania paga siempre sus deudas, y devuelve golpe por golpe, herida por herida. (*Hace una evocadora pausa.*)

SOLDADO.- ¿Su exceso de cariño con la condesa fue el motivo que os llevó a traicionarlo?

Leonor mira al soldado como si acabara de salir del horrible pozo de la memoria.

LEONOR.- No, lo peor aún estaba por llegar. Mi hijo Enrique me contó que les había ordenado que trataran a su nueva ramera, a esa Rosamunda Clifford como si fuera la reina, y que la había alojado en el Palacio de Woodstock. En Woodstock. ¡En mi palacio! ¡El palacio que él mismo me había regalado! A ese bastardo no le bastaba con calentar su cama con la carne joven de esa “Rosa-inmunda”, sino que delante de mis siervos, de mis vasallos, la trataba como si fuera la reina.

Leonor descarga un puñetazo sobre la mesa.

SOLDADO.- (*Pensativo.*) Demasiadas reinas para un reino.

LEONOR.- Me habría marchado a Aquitania pero estaba embarazada de Juan. Allí, retorciéndome por el dolor de su humillación, comencé a fraguar mi venganza.

SOLDADO.- ¿Aún lo amáis?

Leonor le mira sorprendida.

- LEONOR.-** (*Recelosa.*) ¿A qué viene esa pregunta, soldado?
- SOLDADO.-** Perdonad mi atrevimiento, Señora, pero a la venganza sólo somos conducidos por dos viejos sentimientos: El odio o el amor.
- LEONOR.-** Dos sentimientos tan distintos y tan iguales.
- SOLDADO.-** El amor os lleva a vengaros del rey.
- LEONOR.-** Sí, el amor. (*Evocadora.*) Éramos tan parecidos, tan provocadores... A veces nos sorprendíamos adivinando lo que el otro pensaba; cada segundo a su lado era diferente, no había tregua, ni calma. Ninguno de los dos la queríamos. La pareja perfecta; un fuego que no se apagará ni con la muerte.
- SOLDADO.-** Si el amor que os unía es como decís, ¿por qué necesitaba el rey poseer a tantas mujeres?
- LEONOR.-** (*Molesta.*) ¿Conocéis vos la respuesta?
- SOLDADO.-** Si la conociera no os lo preguntaría.
- LEONOR.-** Ese es uno de los misterios del alma humana. Quizá porque se siente inferior a nosotras; quizá porque nos debe a su madre y a mí su reino; quizá porque se siente más fuerte cuando una jovencita tiembla con el roce de sus manos, o porque es la única forma que conoce de olvidar los errores.
- SOLDADO.-** Errores que mueven el mundo.
- LEONOR.-** No os entiendo.
- SOLDADO.-** Veréis, majestad, desde tiempos inmemoriales, los reinos, las guerras, los sufrimientos y la dicha, se mueven a impulsos sencillos como la vida misma: El ansia de poder o los placeres de la carne.
- LEONOR.-** No creo que esa sea mi circunstancia.

SOLDADO.- Yo no estaría tan seguro. Leyendo en vuestras palabras, si el rey os hubiera sido fiel, vos no os habríais levantado en armas contra él.

LEONOR.- Evidentemente.

SOLDADO.- Entonces, estaréis conmigo en que en ese caso, no habría habido guerra por Aquitania, ni por Francia, ni habrían muerto soldados en ella.

LEONOR.- ¿Estáis insinuando que han muerto soldados por la excesiva lujuria de Enrique?

SOLDADO.- Es una forma de verlo.

LEONOR.- Los soldados mueren luchando por su rey, por su reino, porque es su obligación defenderlos con su sangre. ¿¡Qué sería de los ejércitos si no tuvieran una patria y un rey que defender!?

SOLDADO.- *(Humilde.)* Prefiero no pensarlo, Señora.

Leonor le mira perpleja.

LEONOR.- Me asombráis cada vez más.

SOLDADO.- ¿Sabréis perdonármelo?

LEONOR.- *(Irónica.)* Entonces, con esas insensatas ideas que profesáis también estaréis en contra de las cruzadas.

SOLDADO.- Si vos me lo permitís.

LEONOR.- Si aplicamos vuestras ridículas teorías, no veo en que sentido los placeres de la carne nos han influido para declarar la guerra santa.

SOLDADO.- Tenéis toda la razón, majestad, ahí sólo nos llevó el ansia de poder.

- LEONOR.-** ¿El ansia de poder? (*Sonríe compadeciéndose.*) Pobre soldado, ignoráis que las cruzadas se hacen en nombre de nuestro señor Jesucristo, por llevar su verdad a los infieles.
- SOLDADO.-** No, mi Señora, no lo ignoro. Llevamos su verdad y nuestros nobles se quedan con sus riquezas y con los territorios conquistados.
- LEONOR.-** Para asegurarnos de que los lugares sagrados no serán profanados por sus hordas.
- SOLDADO.-** Es cierto. Siempre hay un buen motivo para disfrazar una guerra.
- LEONOR.-** ¿Disfrazar? Soldado, no sé si no os entiendo, o si no os quiero entender.
- SOLDADO.-** Eso demuestra que sois una mujer inteligente.
- LEONOR.-** Si no conquistamos a los infieles y los sometemos, nos atacaran continuamente, necesitamos controlarlos para evitar sus rapiñas, para que nuestro pueblo pueda vivir en paz sin la amenaza que ellos representan.
- SOLDADO.-** Una vez más os pido perdón por mi torpeza, Majestad, pero, ¿es lógico ganarse la paz a base de guerras?
- LEONOR.-** No hay lógica que valga en el comportamiento humano. Es la razón. Y los cristianos tenemos la obligación de defender la razón.
- SOLDADO.-** ¿Igual que ellos defienden la suya?
- LEONOR.-** ¿Ellos? Ellos no tienen ninguna razón. Pero, ¿qué razón van a tener esas hordas de infieles?
- SOLDADO.-** En mi torpe ignorancia, Señora, creía que ellos opinaban lo mismo de nosotros, y que por esa sutil razón, que vos esgrimís tan sabiamente, estaríamos en guerra por los siglos de los siglos.

LEONOR.- No, mi buen soldado, la guerra santa acabará muy pronto. En cuanto la paz deje de verse amenazada.

SOLDADO.- Eso espero, así los nob... los infieles, dejarán de enriquecerse con los saqueos y los botines de guerra.

LEONOR.- Veo que aprendéis rápido.

SOLDADO.- No es merito mío, sino vuestro. Es fácil, teniendo una maestra tan persuasiva como vos.

Leonor medita un segundo la respuesta del soldado, como si no se fiase de la conclusión a la que han llegado.

LEONOR.- Como os decía, al enterarme de la infidelidad de mi marido con Rosamunda Clifford, comencé a fraguar mi venganza. El primer paso sería nombrar a mi hijo Ricardo duque de Aquitania. Cuando el Obispo de Limoges depositó en su mano el anillo de Santa Valeria, Ricardo me miró y comprendió todo lo que su madre estaba haciendo por él.

SOLDADO.- ¿Qué le ibais a enfrentar contra su padre?

LEONOR.- *(Molesta por el comentario.)* Que algún día yo lo llevaría a ser Rey de Inglaterra, y ese era el comienzo. *(Evocadora)* Viajamos a Poitiers, a Lusiñan, a Burdeos, la gente lo aclamaba, festejaba la visita de su duque. Aquitania se postraba entregada, y él comenzaba a amar su tierra. ¿Conocéis Aquitania?

SOLDADO.- *(Evasivo.)* Someramente.

LEONOR.- Aquitania es hermosa, soleada, cálida en sus gentes y en sus vinos, generosa en su arte y en sus ríos, que surcan la tierra para otorgarle verdor y riquezas.

SOLDADO.- Diríase que habláis del Paraíso.

- LEONOR.-** Para mí lo es. Y también para Inglaterra y para Francia. Por Aquitania fui reina de Francia, por Aquitania soy reina de Inglaterra y por Aquitania Ricardo será rey y Enrique Plantagenet pagará sus ofensas.
- SOLDADO.-** ¿Cómo conseguisteis que os secundaran los nobles?
- LEONOR.-** (*Mirándole con superioridad.*) ¿No lo adivináis?
- SOLDADO.-** Como habéis podido comprobar, la inteligencia no es uno de mis dones, Señora.
- LEONOR.-** ¡Por la ambición! Ricardo estaba prometido a Alais, la hija de Luís, rey de Francia. Luís no dudó en apoyarnos, si su hija era reina de Inglaterra sacaría grandes prebendas. El resto de los nobles: Los condes de Angulema, Godofredo de Rancon y Guy de Lusiñan estaban hartos del trato vejatorio de Enrique, teniendo a su favor la protección de Francia no tenían nada que perder.
- SOLDADO.-** Sólo soldados.
- LEONOR.-** (*Como si no lo hubiera escuchado.*) Liberaríamos a Aquitania del poder inglés. Volveríamos a ser libres otra vez. Independientes.
- SOLDADO.-** ¿Independientes?
- LEONOR.-** ¡Sí, Aquitania volvería a ser un país libre!
- SOLDADO.-** Si conseguíais la victoria, vuestro hijo, Ricardo, sería Rey de Inglaterra.
- LEONOR.-** Exacto.
- SOLDADO.-** En ese caso, Aquitania seguiría unida a la corona de Inglaterra. ¿No os parece que lo único que cambiaría sería el nombre del rey?
- LEONOR.-** (*Suspica.*) ¿A dónde queréis llegar?

- SOLDADO.-** Perdonad mi curiosidad, majestad, pero no alcanzo a ver la diferencia.
- LEONOR.-** ¿Estáis ciego?
- SOLDADO.-** Posiblemente. ¿Qué ventajas sacarían los condes de Angulema y Lusiñan? ¿No les obligaríais a rendir vasallaje a Ricardo como rey de Inglaterra?
- LEONOR.-** Por supuesto que sí.
- SOLDADO.-** Aquitania, por lo tanto, sería tan libre con Enrique como con Ricardo.
- LEONOR.-** ¿¡Habéis perdido el juicio!?! Ricardo es mi hijo, y por lo tanto un aquitano más, Enrique Plantagenet es un normando ávido de poder.
- SOLDADO.-** Que al casarse con vos obtenía el derecho de gobernar Aquitania. Soy tan torpe que sigo sin ver que ganarían los aquitanos con ese cambio en la corona inglesa.
- LEONOR.-** (*Extrañada.*) ¿Los aquitanos?
- SOLDADO.-** Sí, vos misma habéis dicho con mucho fervor, que Aquitania volvería a ser independiente, y por ello los aquitanos fueron a la guerra contra Enrique. ¿Qué ganaba vuestro pueblo con esa libertad?
- LEONOR.-** No os entiendo.
- SOLDADO.-** Quizá no me sepa expresar bien, señora.
- LEONOR.-** (*Suspica.*) Permitid que lo dude.
- SOLDADO.-** Los panaderos, los labradores, los soldados que enrolasteis en vuestros ejércitos para luchar contra Enrique, ¿qué ganarían con la independencia de su país?
- LEONOR.-** ¿Qué habrían de ganar?

- SOLDADO.-** Eso mismo me pregunto yo, y no llegamos a ninguna conclusión.
- LEONOR.-** El pueblo gana la libertad, la independencia, ¿acaso os parece un bien escaso?
- SOLDADO.-** Morir por ideas abstractas siempre me ha parecido escaso.
- LEONOR.-** Por defender a su rey, ¿eso os parece mejor?
- SOLDADO.-** Me temo que no, majestad.
- LEONOR.-** *(Irritada.)* ¡Vive Dios que no hay quien os entienda!
- SOLDADO.-** Aquitania era un país libre, pero vos os desposasteis con el rey Luís VII y fuisteis coronada reina de Francia. El destino de los aquitanos pasaba entonces por los deseos del rey francés. ¿Me equivoco?
- LEONOR.-** Sí, los deseos del rey francés, como decís vos, los consensuaba conmigo, la duquesa de Aquitania.
- SOLDADO.-** Bien, pero el pueblo aquitano seguía viviendo con normalidad, como antes de que fuerais reina de Francia, trabajando de sol a sol para que sus hijos pudieran comer.
- LEONOR.-** Eso nunca variará, no pretenderéis que alimente a todos mis súbditos.
- SOLDADO.-** Ni mucho menos, Majestad. Cuando os desposasteis con Enrique II Plantagenet y Aquitania quedó bajo el influjo de la corona de Inglaterra, vuestro pueblo seguía gozando de las mismas condiciones.
- LEONOR.-** Por supuesto, yo me ocupaba de que así fuera.
- SOLDADO.-** Por lo tanto, ser independiente, o estar gobernados por franceses, ingleses o aquitanos, a vuestro pueblo no le supone nada.
- LEONOR.-** ¿Qué habría de suponerle?

- SOLDADO.-** Nada, majestad, nada que no les corresponda. Lo que no entiendo es por que se muere por una idea que no te va a aportar nada.
- LEONOR.-** Porque se lo pide su Señora.
- SOLDADO.-** ¿Por qué lo pedís vos? Claro... *(Hace una ligera pausa como si por fin hubiera encontrado el motivo.)* ¡Por fin la luz adorna mi entendimiento!
- LEONOR.-** Os exijo una explicación. Y os advierto que estáis rayando en la insolencia.
- SOLDADO.-** Una vez más os pido mi más humilde perdón, pero la ignorancia es tremendamente osada. Hoy estoy aprendiendo mucho gracias a vuestra gentil conversación.
- LEONOR.-** Espero que os sirva.
- SOLDADO.-** Yo también, majestad. Ahora sé que los condes fueron a la guerra contra Enrique porque llegaron a algún acuerdo ventajoso con vos.
- LEONOR.-** Efectivamente. Hubo que prometerles que los tributos a los que les sometía Enrique se verían claramente rebajados por mi hijo Ricardo.
- SOLDADO.-** ¡Los tributos! Esa es la palabra que lo justifica todo. De esa manera Angulema, Lusiñan y el resto de los nobles de Aquitania se enriquecerían más.
- LEONOR.-** Exacto.
- SOLDADO.-** Veis, mi señora, a esas prebendas me refería cuando no dejaba de preguntaros que quien ganaba con la independencia de un país. Ahora me lo habéis dejado claro: la nobleza. La nobleza tiene un motivo tangible para conducir a su pueblo a una guerra. ¿Puedo haceros otra pregunta?

- LEONOR.-** *(Desconfiada.)* Adelante.
- SOLDADO.-** ¿De dónde recaudan los tributos la nobleza?
- LEONOR.-** *(Como si fuera obvio.)* ¿De dónde queréis que los recauden? De los impuestos por sus tierras, de los campesinos...
- SOLDADO.-** *(Cortándola.)* En resumen, del pueblo.
- LEONOR.-** Sí, del pueblo.
- SOLDADO.-** Ese pueblo que sostiene a sus condes, a sus duques, a sus reyes, y luego va a morir porque su Señora se lo pide, porque lo engaña con palabras mágicas como libertad e independencia, palabras que a ellos sólo les supone muerte y desolación, frente a la riqueza de los condes y el ansia de venganza de su Señora.
- LEONOR.-** ¡Os prohíbo que me habléis en ese tono! ¿¿De dónde habéis venido!? ¿Cómo puede ser soldado alguien con esos pensamientos?
- SOLDADO.-** Me obligaron a ser soldado, Señora, os aseguro que no lo soy por vocación.
- LEONOR.-** ¿Os obligaron? ¿Qué ejército puede tener a soldados como vos que empujan al desánimo y a la rebelión con sus palabras? ¿Es que para vos la patria no significa nada? ¿Qué tierra tan ingrata os vio nacer para que no luchéis por ella?
- SOLDADO.-** Quizá yo no sea el hombre que andáis buscando para que os ayude a salir de este injusto encierro, Señora.
- LEONOR.-** No habéis respondido a mi pregunta. ¿De dónde sois?
- SOLDADO.-** *(Mirándola fijamente.)* De Aquitania, mi Señora.

Leonor se queda paralizada. El soldado deja el anillo en el suelo, se levanta, coge el plato y se dispone a marcharse.

- LEONOR.-** *(Sin mirarle.)* ¿He ordenado que os levantéis?
- SOLDADO.-** No.
- LEONOR.-** Un soldado sólo obedece órdenes.
- SOLDADO.-** Sí. De sus superiores.
- LEONOR.-** ¡Yo soy vuestra Reina!
- SOLDADO.-** Disculpad, Señora, pero me permito recordaros que sobre ese tema ya hemos hablado.
- LEONOR.-** Hablaréis de lo que me plazca, cuando me plazca y como me plazca. Puedo mandar que os descuarticen y que la carroña de vuestro cuerpo sea entregada como alimento a los cuervos. Vuestra vida me pertenece. No lo olvidéis.
- SOLDADO.-** Jamás lo he olvidado.

El soldado se marcha de la celda bajo los gritos de Leonor.

- LEONOR.-** ¿Dónde vais? ¡Volved! ¡Volved inmediatamente! ¡Soy la reina!

En su persecución hacia el soldado, Leonor se queda gritando tras una de las gasas púrpuras que enmarcan su figura entre la tela y la luz, ofreciéndonos su dramática sombra que no para de agitarse ante el desprecio del soldado. El resto de la iluminación se apaga.

- LEONOR.-** ¡Soldado! ¡Soy Leonor! ¿¡Me oís!?! ¡Reina de Inglaterra!
¡Duquesa de Aquitania! ¡Condesa de Poitou! ¡Debéis obedecerme!

Se deja caer de rodillas por la propia desesperación. La luz que ilumina la gasa va perdiendo intensidad al ritmo de la voz de Leonor.

LEONOR.- ¡Leonor de Aquitania!... Leonor de Aquitania... (*Casi un susurro.*) Leonor...

La luz de la tela se apaga con su voz, dejando el escenario en una total oscuridad.

ESCENA II

NARRADOR.- Castillo de Salisbury. En el año del Señor de 1.183.

Se enciende el foco cenital sobre Leonor que se encuentra en la misma posición del principio, de espaldas al público y sentada frente al escritorio. Tras unos segundos, el soldado entra en escena, con su entrada se ilumina suavemente el resto de la escena. Lleva de nuevo un plato con comida.

SOLDADO.- El almuerzo, Señora.

La espalda de Leonor se endereza. No esperaba volver a escuchar esa voz. Aguarda un instante.

LEONOR.- *(Mirándolo.)* ¿Vos aquí? ¿En Salisbury?

SOLDADO.- No soy dueño de mis pasos, señora.

LEONOR.- *(Dándole la espalda.)* Deseáis algo más.

SOLDADO.- Sí.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* ¿A qué esperáis? Decidlo.

SOLDADO.- Vuestro hijo Juan esta con el honorable Glanville. Ha venido a visitaros.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* ¿Eso es todo?

SOLDADO.- No.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* Supongo que no ignoráis el motivo de su visita.

SOLDADO.- No, mi Señora. Pero no sé si preferís oír las noticias de sus labios.

LEONOR.- *(Sin volverse.)* Prefiero que no os andéis con tantos miramientos, ¿A qué ha venido?

SOLDADO.- Lamento comunicaros que vuestro hijo, Enrique el Joven, ha muerto.

Leonor siente como sus hombros caen doblando la espalda. Su cuello se flexiona inclinando la cabeza. Por unos instantes creemos que Leonor va a mostrar ante extraños su lado humano pero rápidamente vuelve a retomar su postura altiva.

LEONOR.- *(Sin volverse. Impertérrita.)* Si no tenéis más que añadir podéis retiraros.

El soldado duda. No comprende la frialdad de Leonor.

SOLDADO.- ¿Ese es todo el sentimiento que os despierta la muerte de un hijo?

Leonor se incorpora con rabia enfrentándose al soldado.

LEONOR.- ¿¡Qué queréis!?! ¿¡Que llore ante vos!?! ¡Soy la reina!

- SOLDADO.-** Sois la madre.
- LEONOR.-** Soy la madre de Enrique pero la reina de Inglaterra, y ningún vasallo debe presenciar la flaqueza de sus monarcas.
- SOLDADO.-** Como bien decís, las flaquezas no se deben mostrar, pero si esperaba algo de humanidad.
- LEONOR.-** ¿Quién os ha engañado diciéndoos que los reyes somos humanos? ¿Si un rey se mostrara humano ante vos, le obedeceríais sin pestañear cuando os ordenara ir a la muerte en el campo de batalla? ¿Pagaríais los impuestos aunque no tuvierais para dar de comer a vuestros hijos? ¿Os dejaríais mutilar por él?
- SOLDADO.-** Un buen soberano jamás le pediría esas atrocidades a ninguno de sus vasallos.
- LEONOR.-** ¿Y un buen vasallo que estaría dispuesto a hacer por su reina?
- SOLDADO.-** A escucharla; y a no oír todo aquello que mi Señora desee relegar al olvido.
- LEONOR.-** *(Se gira para que el soldado no vea su rostro. Su posición deja de ser tan erguida.)* ¿Cuándo ocurrió?
- SOLDADO.-** El once de junio el Señor lo llamó a su seno.
- LEONOR.-** *(Su espalda se inclina aún más.)* ¿Cómo fue?
- SOLDADO.-** Vuestro hijo Enrique falleció presa de unas fiebres devastadoras.

Leonor se deja caer de rodillas mientras suelta un profundo grito de dolor. Sus manos se crispan sobre sus brazos, que enlazan su pecho, y se hunde en la angustia de una madre. No escuchamos su llanto. Es un quejido interno, psíquico, arrugándose hasta casi llegar a una posición fetal.

El soldado tras unos segundos se va a acercarse a ella pero es detenido por su voz lúgubre. La escena se oscurece dejando sólo el haz de luz que ilumina a Leonor en el suelo.

LEONOR.- *(Como si se encontrara sola.)* ¡Que se calmen los vientos, que se frenen las aguas, que el silencio haga eco de mi voz y mi llanto, que sea respetado el dolor de una madre!

Tres. Tres espejos donde mi imagen no se verá reflejada. ¿Hasta cuando el destino me va a infligir su tortura? Tres caricias que me han sido arrebatadas. ¿Cuántos quejidos podrán abandonar mi garganta? Tres nombres que sólo serán pronunciados por mi memoria. ¿Cuántos hijos he de llorar antes de que robéis mi aliento?

¿Qué esperáis de mí? ¿Acaso no los parí con dolor? ¿Es que no amamante sus bocas sedientas? ¿No sufrí su desgarró?

¡Dios, yo te maldigo! ¡Maldigo tus cielos y tus infiernos! ¡Esos cielos que me negáis y estos infiernos a los que me arrastra tu voluntad! ¡Maldigo tu crueldad... y las sombras que acumulas en mi alma! ¡Maldigo hasta mi nombre! ¡Leonor! ¡Leonor de Aquitania!

El foco se apaga. La escena en completa oscuridad. Lentamente vuelve a establecerse la luz. Juan se encuentra en el sitio que antes era ocupado por el soldado. Ve a su madre postrada y la observa con inquietud.

JUAN.- Madre, ¿te encuentras bien?

Leonor se incorpora intentando no reflejar su estado.

- LEONOR.-** *(Volviendo a su postura altiva.)* Todo lo bien que una madre puede encontrarse en este cautiverio.
- JUAN.-** No sabes cuánto lamento tu situación.
- LEONOR.-** Lo supongo, hijo.
- JUAN.-** Si yo pudiera hacer algo para evitar que...
- LEONOR.-** *(Cortándole.)* Pero no puedes, Juan. No hablemos de intenciones sino de realidades. Hay tan pocos momentos en esta azarosa vida para que una madre y un hijo puedan hablar con tranquilidad.
- JUAN.-** Cierto.
- LEONOR.-** Os echo tanto de menos.
- JUAN.-** Y nosotros a ti, madre.
- LEONOR.-** Me alegro. Aunque a fuerza de ser sincera en estos años de soledad he llegado a dudarlo.
- JUAN.-** ¿Por qué?
- LEONOR.-** Es la primera vez que me visitas.
- JUAN.-** No es culpa mía.
- LEONOR.-** ¿Ah, no?
- JUAN.-** Padre no nos permite verte.
- LEONOR.-** *(Irónica.)* ¿Y hoy te has atrevido a desobedecerle?

Juan duda. En realidad ha sido enviado por su padre pero no quiero confesarlo para ganarse la confianza de Leonor.

- JUAN.-** Sí.

- LEONOR.-** *(Abrazándole. Con mucha ironía puesto que no lo cree.)* Hijo mío, me conmueve la osadía de tu comportamiento. No quiero ni pensar que ese bastardo de tu padre pueda tomar represalias contra ti, por haberme beneficiado con esta visita.
- JUAN.-** No te preocupes, madre.
- LEONOR.-** Pero siéntate y cuéntame... *(Leonor hace una fingida pausa al ver que sólo hay una silla.)* Fíjate, Juan, en la precariedad en la que me veo obligada a vivir en este confinamiento. En la antesala sólo dispongo de una silla.
- JUAN.-** Siéntate, madre.
- LEONOR.-** Pero vendrás fatigado, habrás cabalgado durante todo el día escondiéndote para no ser visto por los numerosos espías de tu padre.
- JUAN.-** Sí, pero ese esfuerzo es recompensado por la gran alegría de verte.
- LEONOR.-** ¿No te habrá visto el honorable Glanville? Si él se entera de que estás en la torre inmediatamente mandará un mensajero a tu padre.
- JUAN.-** No te preocupes. En Salisbury dispongo de amigos, Glanville no tendrá conocimiento de mi visita.
- LEONOR.-** *(Sentándose.)* ¡Ya! *(Intentando sonsacarle.)* Cuéntame, Juan, ¿Qué novedades hay en la corte?
- JUAN.-** Me temo que la frivolidad cortesana te interesará menos que la noticia que te traigo.
- LEONOR.-** Eres directo. Bien, pues ¿qué sabes de la insurrección en el Lemosín?
- JUAN.-** La insurrección ha terminado. El rey, mi padre, y Ricardo han vencido.

- LEONOR.-** Cabía esperar. ¿Y mis otros hijos, Enrique y Godofredo?
- JUAN.-** Godofredo está en Francia pidiendo ayuda al rey Felipe, y...
- LEONOR.-** *(Cortándole.)* ¡Es terrible! Un hijo huyendo de su padre. ¿En qué se ha convertido este mundo, Juan? ¿Cuántas atrocidades más verán nuestros ojos? Hermanos luchando contra hermanos, hijos contra padres. ¿Adónde nos conducirá la ambición del poder?
- JUAN.-** Madre, hay algo más. Tu hijo Enrique...
- LEONOR.-** Enrique, el heredero al trono, el futuro rey de Inglaterra, no encuentra satisfacción con su nombramiento y se rebela contra su hermano Ricardo, apoyando a los barones del Lemosín. ¿Eres consciente del dolor que produce a una madre ver a sus hijos enfrentados?
- JUAN.-** Madre, Enrique ha muerto.
- Leonor mira al horizonte en una actitud de amargura. Levanta un brazo para que Juan se acerque a su lado, y éste se arrodilla junto a la reina, refugiándose en su regazo.*
- LEONOR.-** *(Tras la pausa. Triste.)* Por eso has venido...
- JUAN.-** Sí, quería...
- LEONOR.-** *(Cortándole)* Porque Inglaterra se ha quedado sin heredero al trono.
- JUAN.-** *(Ofendido se separa levemente.)* No, madre. Quería que hubiera alguien a tu lado cuando supieras la triste noticia, alguien que pudiera consolarte en tan duro trance.
- LEONOR.-** *(Con la mirada perdida.)* Mi pequeño Juan. *(Le acaricia la cabeza sin mirarle. Él vuelve a refugiarse en su regazo.)* No

dudas en venir para darme un consuelo que nunca podré hallar. Tres hijos se me han muerto. Tres veces el destino me ha tendido una emboscada clavando su daga en mi pecho. ¡Qué desatino que una madre de sepultura a sus hijos! ¡Que una madre desee morar allí dónde han sido desterradas sus almas más amadas!

JUAN.- No digas eso, madre.

LEONOR.- Dios sabe que tuvimos diferencias, pero los amaba, como te amo a ti Juan. Y posaría mis labios en las miserias de este mundo con tal de verlos sonreír a mi lado. ¿Qué consuelo puede hallar una madre si solo le resta morir? Morir en este cautiverio para que otros lloren las lágrimas que mis ojos ya han derramado.

JUAN.- No, madre. Nosotros te necesitamos.

LEONOR.- *(Con desesperanza)* ¿Quiénes?

JUAN.- Ricardo, Godofredo, Aenor, yo mismo.

LEONOR.- ¿Para qué necesitáis a una madre condenada al olvido?

JUAN.- Esta es la situación que debemos quebrantar, madre.

Juan se levanta y pasea por la estancia. Maquina como presentar sus planes ante Leonor.

LEONOR.- *(Mirándole desconfiada.)* Tu padre no cederá jamás. Nunca lo ha hecho.

JUAN.- Cederá si nuestro ánimo no se ocupa de lamentar las heridas. Pero debemos pensar en la mejor manera de convencerlo.

LEONOR.- Sería más fácil convencer a los océanos para que retiraran sus aguas.

- JUAN.-** Ha llegado hasta mis oídos que Padre quiere que nos reunamos todos; la fecha elegida es el día de San Andrés en el palacio de Westminster.
- LEONOR.-** *(Tras una ligera pausa. Desconfiada.)* ¿Quién te ha acariciado los oídos con esa noticia?
- JUAN.-** *(Cínico.)* Alguien de mi confianza. La muerte de mi hermano Enrique es el motivo del encuentro. Quizá podamos invertir tu estado.
- LEONOR.-** No, Juan, no, seré conducida a Westminster y mis ojos serán obsequiados con un paisaje más libre, pero a los pocos días volveré a ser confinada en esta torre.
- JUAN.-** *(Vehemente.)* No. El cielo es testigo de que le debo obediencia, es mi señor y mi padre, pero mi corazón no soporta veros en este estado. Debemos urdir un plan para que acabe definitivamente tu encierro.
- LEONOR.-** *(Sorprendida.)* ¿Un plan?
- JUAN.-** Sí.
- LEONOR.-** *(A la defensiva.)* ¿Conoces tú alguno?
- JUAN.-** No sé, madre. Tú no ignoras que soy un hombre sencillo, que jamás he participado en las rencillas de mis hermanos por el poder. Tal vez sea más noble que ellos, aunque este punto no debe ser juzgado por mis labios. Pero tú, madre, eres una experta en el noble arte de la estrategia. Seguro que sabrás como evitar esta tortura que te aflige. ¡Piensa! te estoy ofreciendo mi ayuda.
- LEONOR.-** *(Con amargura.)* ¡Aquitania!
- JUAN.-** *(Aunque lo ha oído perfectamente.)* ¿Qué?

- LEONOR.-** Que el rey no me dará la libertad hasta que no le entregue Aquitania.
- JUAN.-** (*Pensativo.*) Aquitania. (*Cínico.*) Pero, madre, tú misma nombraste Duque de Aquitania a Ricardo ahora no podéis despojarle del título.
- LEONOR.-** Claro que puedo.
- JUAN.-** (*Reflejando su ambición.*) ¿Cómo?
- LEONOR.-** Ricardo no dudaría en devolverme las armas, los castillos y los vasallos si yo se lo pidiese.
- JUAN.-** ¿Y que obtendría a cambio?
- LEONOR.-** La libertad de su madre.
- JUAN.-** (*Cínico puesto que odia a Ricardo.*) Ahí tenéis un buen hijo y sin embargo, desdeñas el cariño que ambos te profesamos y sólo deseas iniciar el camino de los difuntos.
- LEONOR.-** Quizá tengas razón.
- JUAN.-** No lo dudes, madre.
- LEONOR.-** Pero aunque le entregara Aquitania no me fío de que el bastardo de tu padre cumpla su palabra y me deje en libertad.
- JUAN.-** Entonces necesitaríamos un seguro de que el rey cumple su parte del trato.
- LEONOR.-** ¿Un seguro?
- JUAN.-** Sí, alguien que lo garantice.
- LEONOR.-** ¿Cómo está la situación?
- JUAN.-** Felipe, el rey de Francia, ha sido tan generoso que al morir mi hermano Enrique, exige que le sea devuelta la dote de su hija Margarita: el Vexin.
- LEONOR.-** ¡Es larga la ambición del francés!

JUAN.- O en caso de que no le sea devuelto, que Ricardo se despose de una vez con su hija Alais. El Vexin sería de nuevo la dote ofrecida por una princesa francesa.

LEONOR.- Entonces, ¿cuál es el problema?

Juan se vuelve con una mirada cargada de cinismo.

JUAN.- Ricardo jamás se desposará con Alais.

LEONOR.- ¿Por qué?

JUAN.- *(Con una sonrisa cruel.)* ¿De verdad lo ignoráis, madre?

LEONOR.- Si la razón que tu boca calla son las inclinaciones de tu hermano, deberías saber que por un reino hasta los defectos se tornan virtudes.

JUAN.- No, madre, no son los gustos de mi hermano lo que impide esa boda.

LEONOR.- Entonces, habla, me molesta que seas tan avaro con las palabras.

JUAN.- *(Lentamente. Sabiendo el daño que va a producir.)* ¿Qué hombre aceptaría casarse con la amante de su padre?

Leonor se clava las uñas para no gritar. Hay una pausa.

JUAN.- *(Excesivamente humilde.)* Lamento enojarte, madre, pero debías saberlo. La lascivia de tu esposo y mi padre, el rey, no conoce límites. Me duele en el alma que sea tan prolijo en depositar besos en regazos ajenos.

LEONOR.- Continua.

- JUAN.-** Tal vez, si encontráramos un hombre capaz de desdeñar la memoria y desposarse con Alais, el rey nos estaría agradecido y nos otorgaría el favor de tu libertad.
- LEONOR.-** Por casualidad, ¿has pensado ya en quién podría ser esa olvidadiza persona?
- JUAN.-** No, madre. Godofredo ya está desposado, aunque... (*Con maldad.*)...si Ricardo te ama tanto no veo porque habría de negarse a semejante sacrificio. No en vano, es un hombre que no usaría demasiado a menudo el tálamo conyugal.
- LEONOR.-** (*Con intención de ver sus fines.*) ¿Y tú?
- JUAN.-** (*Ingenuo*) ¿Yo? No te entiendo, madre.
- LEONOR.-** Tú estarías dispuesto a sacrificarte por mí y a desposarte con esa ramera francesa.
- JUAN.-** Amargo festín me propones.
- LEONOR.-** ¿No me amas?
- JUAN.-** ¿Acaso lo dudas? Pero en este instante sólo alcanzo a ver las sombras de ese futuro que desprecias para otros y deseas para mí.
- LEONOR.-** (*Insistente.*) Lo harías, Juan.
- JUAN.-** ¿Me lo demandas como madre o como reina?
- LEONOR.-** Si dividieras en dos mi cuerpo no hallarías en que parte está la madre y en cual la reina. Si indivisible es el físico, indivisible es el deseo. Simplemente, te inquiero. ¿Aceptarías esa boda para que tu madre y reina, pase los últimos días de su vida en libertad?

Juan duda. Se deja querer.

- JUAN.-** Me lanzas en medio de la tormenta sin asegurarme un puerto donde pueda encontrar remanso. ¿Qué precio pagaría para que alcanzaras tu fin? Yo no soy como la hiedra que medra por cualquier tronco, no tengo ambiciones que me empujen a aceptar. Pero si le pones bridas a mi destino... ¿no sería justo alguna compensación?
- LEONOR.-** ¿No te compensa mi amor?
- JUAN.-** No compensa lo que ya se tiene. ¿O no me amas, madre?
- LEONOR.-** Por supuesto que sí.
- JUAN.-** Perdóname que lo haya dudado.
- LEONOR.-** Estás perdonado. Soy consciente de que necesitas una recompensa más tangible.
- JUAN.-** Mi recompensa sería verte feliz. ¿Qué mayor recompensa para un hijo que ser depositario de la sonrisa de una madre? Lo que necesito es un bálsamo que mitigue el escarnio de ser la tapadera de semejante adulterio.
- LEONOR.-** ¿Y ese “bálsamo” está en mis manos otorgártelo?
- JUAN.-** Si tú lo ignoras, no he de saberlo yo.
- LEONOR.-** *(Observando con frialdad su reacción)* Juan, imagina, por un momento, que te nombro Duque de Aquitania.
- JUAN.-** *(Con falso pudor.)* ¡Madre, el roce de ese cargo aturde mis oídos! ¿Qué pensaría mi hermano Ricardo si yo le arrebatase tal honor?
- LEONOR.-** Tienes razón, sería una temeridad. Los aires de libertad que me traes no me dejan pensar con claridad.
- JUAN.-** *(Recogiendo velas.)* Aunque por otra parte, tú misma has dicho que Ricardo te ama tanto que sería capaz de renunciar a Aquitania.

- LEONOR.-** Sin duda.
- JUAN.-** *(Rechazando falsamente su ambición)* No, no, esa idea azota mi mente. Es una locura.
- LEONOR.-** *(Viendo su juego.)* Dices bien, Juan.
- JUAN.-** Una locura que me halaga. Madre, ¿qué haría el rey si yo fuera nombrado duque de Aquitania?
- LEONOR.-** Probablemente te proclamaría... *(Se calla intencionadamente y corrige)* Juan, ¿para qué divagamos con teorías absurdas? Supongo que tú jamás aceptarías con beneplácito tan desmesurado sacrificio.
- JUAN.-** Supones mal, madre. *(Retomando sus palabras)* Probablemente me proclamaría... ¿qué?
- LEONOR.-** Su sucesor al trono de Inglaterra.
- JUAN.-** *(Ingenuo)* ¿Yo? ¿Rey de Inglaterra? ¡Que enrevesados son los designios del Señor!
- LEONOR.-** Me temo que el Señor no ha tomado partido en esta historia.
- JUAN.-** Te equivocas, madre. Él se ha llevado a Enrique propiciando todo cuanto ahora nos acontece.
- LEONOR.-** Pero nosotros no estamos hablando de religión sino del futuro monarca.
- JUAN.-** *(Remarcándolo.)* Y de tu libertad.
- LEONOR.-** Cierto.
- JUAN.-** Madre, hay que ser muy audaz para realizar los planes que tú me propones.
- LEONOR.-** *(Irónica.)* ¿Qué yo te propongo?
- JUAN.-** Si el rey me nombra su heredero, no tendría que temer nada de Ricardo y por lo tanto yo podría conseguir que te dejara en libertad.

- LEONOR.-** Permíteme que muestre mi asombro por la conclusión a la que has llegado.
- JUAN.-** Hemos llegado, madre, hemos llegado. Aquí estamos los dos solos.
- LEONOR.-** Dejémonos de ampulosidades. Me ofreces la libertad a cambio del trono de Inglaterra.
- JUAN.-** No está en mi mano ofrecerte nada, pero sí en la tuya conseguirlo todo.
- LEONOR.-** ¿Quién es el hombre que está frente a mí?
- JUAN.-** ¿A qué viene esa pregunta?
- LEONOR.-** Quiero saber la verdadera identidad del destinatario de mis palabras. ¿Es mi humilde hijo? O ¿un hombre que ansía el poder?
- JUAN.-** Sólo soy tu hijo. Un hijo dispuesto a desposarse y a soportar las burlas de la corte para que su madre goce de libertad.
- LEONOR.-** Si tanto deseas mi libertad, móntame en tu caballo y sácame de este encierro. Llévame a Aquitania, allí Enrique no podrá estrechar su mano contra mí.
- JUAN.-** Sabes que eso es imposible.
- LEONOR.-** *(Despectiva.)* Sí, tan imposible como que tú seas rey de Inglaterra.

Juan suelta un profundo grito por la rabia concentrada durante años. Por fin se quita el antifaz que ocultaba sus verdaderas intenciones.

- JUAN.-** ¿¡Por qué!? ¿¡Por qué yo no puedo ser rey de Inglaterra y Ricardo sí!? ¿Por qué a él le prestas favores que a mí me niegas?
- LEONOR.-** Un rey no se hace, un rey nace. Y Ricardo nació rey.
- JUAN.-** ¿Qué nos distingue, madre? Dímelo. ¿No nos llevaste en el mismo vientre? ¿Acaso no me engendró el rey? ¿Es que mi frente es menos digna que la suya para soportar el peso de la corona?
- LEONOR.-** Te ciega el orgullo.
- JUAN.-** Me ciega tu desconfianza. A fe que no merezco menor puesto que mi hermano, pero eres terca en tus decisiones. Pregóname sus cualidades, dime porque él es el elegido para la gloria.
- LEONOR.-** Ricardo será un rey fuerte, un conquistador.
- JUAN.-** Si la fuerza midiera los meritos para ser rey habría cientos de vasallos que optarían a ella, y todos más fuertes que tu amado Ricardo.
- LEONOR.-** Entonces, dime, según tu criterio ¿qué cualidad debe poseer un rey?
- JUAN.-** La inteligencia.
- LEONOR.-** Subestimas a tu hermano.
- JUAN.-** No, tú lo sobrevaloras. Un rey debe poseer la fuerza en su mente no en su brazo. Las guerras no las gana un monarca a golpes de espada sino dirigiendo a sus ejércitos.
- LEONOR.-** Ricardo también es inteligente.
- JUAN.-** *(Con un rugido.)* ¡¡Nooooo!! Ricardo es zafio, pueril, un invertido que jamás le dará un heredero al reino. Pasa sus noches y sus días en los campamentos, rodeado de soldados. No

es feliz en palacio dirigiendo los destinos de sus territorios.
Prefiere la ruda compañía de sus amantes.

LEONOR.- ¡Te prohíbo que hables así de tu hermano!

Juan se vuelve con los ojos inyectados en sangre.

JUAN.- ¿¡Vos!? ¿¡Vos me prohibís!? ¿¡Con qué derecho!?

LEONOR.- El derecho que me otorga ser vuestra madre.

JUAN.- Vos no sois mi madre. Una madre no desprecia a un hijo, ni lo humilla como hacéis conmigo.

LEONOR.- Jamás os he despreciado.

JUAN.- Querréis decir, majestad, que jamás me habéis amado. Desde que nací me separasteis de vos, me confiasteis al cuidado de mi padre, el rey, y siempre eludíais mis demandas, no obtenía vuestras caricias ni mendigándolas.

LEONOR.- ¡Juan!

JUAN.- ¿Sabéis cómo me he sentido? ¿Sabéis cómo se siente un hijo ignorado por su madre?

LEONOR.- Yo nunca os ignoré.

JUAN.- ¿Sufristeis alguna vez por mí? ¿Llorasteis alguna noche por mis desvelos?

LEONOR.- Por supuesto.

JUAN.- ¡Mentís! Yo sólo recuerdo un nombre brotando de vuestros labios: Ricardo, Ricardo, Ricardo. Ricardo monta perfectamente, Ricardo maneja con excelencia la espada, Ricardo ha vencido en una pelea a dos soldados, ¡Ricardo!

De niño odiaba mi nombre: Juan. Tan corto, tan sencillo, tan vulgar. A todas luces no era un nombre digno de ser pronunciado por tan noble madre.

Juan hace una ligera pausa llena de reproche.

- LEONOR.-** Sois injusto. Una madre no ama más a un hijo que a otro.
- JUAN.-** Vos lo habéis dicho. Una madre jamás cometería semejante desatino.
- LEONOR.-** Si tuviera veinte hijos a todos los amaría por igual . Pero el instinto te hace elegir el camino que debes ofrecer a cada uno de ellos.
- JUAN.-** Eso que decís, es obsceno. ¿Quién sois vos para elegir mi camino? ¿Quién sois vos para allanar la senda a unos y plagarla de guijarros a otros? ¿Quién sois vos para otorgar la dicha o para condenar a la soledad? ¿Quién os ha investido con el poder divino de decidir el destino de otras personas? ¿¡De vuestros hijos!?
- LEONOR.-** ¡Soy la reina!
- JUAN.-** ¡Sois nuestra madre! Y a esa madre apelo. A esa madre que jamás enjugó mis lágrimas, a esa madre que esquivó mi infancia, a esa madre que me hurtó su cómplice mirada. ¡Vos me lo debéis!
- LEONOR.-** ¿Cómo podéis pensar que un yerro se subsana con otro? ¿Qué un fuego es mitigado por una llama? Si en verdad creéis que fui una mala madre, no me exijáis que vuelva a serlo y os entregue lo que se merece vuestro hermano por méritos propios.

Juan se hunde. Se siente derrotado, solo, humillado, como ha estado siempre.

JUAN.- *(Como si fuera un pensamiento.)* Ni mil placenteras vidas podrían resarcirme de tanto infortunio. ¿Por qué la villanía se une a mi nombre, como la piel a mis huesos, cuando no está en mis manos huir de sus viles deseos? ¿Es que la mansedumbre demostrada hasta ahora no me absuelve de las desdichas padecidas? Bien sabe mi corazón de la paciencia que ha rebosado día tras día, del sufrimiento que lo atormenta ante la carencia de amor a la que ha sido sometido. ¡Que fácil es inclinar los sueños ajenos para denegar su realización! ¡Que fácil condenar al infierno a quién no se ama! Toda mi vida abandonado, buscando la limosna de una caricia, ansiando que mi talento se refleje en los ojos de la fortuna y me dispense de tanta humillación. *(Suelta un suspiro de cansancio ante su destino.)* Puesto que la ingratitud me tiende su manto, sea ella quien gobierne mis días.

Juan hace una pausa y mira a su madre.

¿Por qué los ojos con los que me observáis me hielan la sangre con su indiferencia?

LEONOR.- No es indiferencia sino pesar por no haber sabido demostraros mi cariño.

JUAN.- Si en verdad me estimáis, mostradme lo.

LEONOR.- No se puede mostrar lo que no se quiere ver.

- JUAN.-** Sólo me niego a ver la injusticia con la que habéis envuelto mi vida, la hipocresía en la que amparáis vuestros actos.
- LEONOR.-** ¡Oh, basta! Tragaos esas palabras ponzoñosas que penetran mi alma descubriendo los celos que os atormentan.
- JUAN.-** ¿Celos?
- LEONOR.-** Sí, celos de vuestro hermano.
- JUAN.-** Afiladas son las aristas de ese pensamiento. ¿Quién provocó en mí tal resentimiento? ¿Quién con su actitud ha logrado enfrentar a los hermanos?
- LEONOR.-** Mi actitud no ha variado, han sido las circunstancias, no olvidéis que soy la reina.
- JUAN.-** Para mí sois la reina, para Ricardo una madre.
- LEONOR.-** Ceja en ese empeño, Juan, de esta manera no vais a conseguir una corona.
- JUAN.-** ¡Ni vos la libertad! Mi padre, mientras viva, jamás nombrará a Ricardo su sucesor en el trono de Inglaterra.
- LEONOR.-** Pues rezaré para que el infierno lo reclame.
- JUAN.-** Pero mientras las llamas del averno no besen su cuerpo, vos maldeciréis las horas que os aguardan en cautiverio.
- LEONOR.-** *(Dándole la espalda.)* Nos veremos en Westminster.
- JUAN.-** Sí, pero no olvidéis que, a vuestro pesar, vive Dios que algún día seré Rey de Inglaterra.
- LEONOR.-** Cuando llegue ese día me inclinaré ante vos, ahora inclinaos ante vuestra reina.

Juan duda. Observa la mira desafiante de Leonor y mantiene en sus ojos el reto.

LEONOR.- *(Con rabia.)* ¡¡Inclinaos!!

Juan se inclina levemente con un rictus de humillación dibujado en su boca.

LEONOR.- ¡Podéis retiraros!

Juan hace mutis sin volver nunca la espalda a Leonor. La reina se deja caer agotada en la silla.

Por una de las gasas vemos aparecer al soldado. Observa el desfallecimiento de Leonor, y tras una pausa, sale de su escondite.

SOLDADO.- Difícil es la virtud de gobernar y contentar a todos.

LEONOR.- Más difícil es ser madre y no hacer infeliz a ninguno de tus hijos.

SOLDADO.- ¿Tiene motivos para esa infelicidad?

Leonor le mira con el leve sarcasmo que le permite su dura discusión con Juan.

LEONOR.- *(Con fatiga.)* ¿Tiene motivos la arena del mar para quejarse de su humedad? ¿Tiene motivos la luna para quejarse cuando es ocultada por el sol?

SOLDADO.- No. Fueron creadas así por nuestro Señor.

LEONOR.- Los hijos también son creados por el Señor. Cada uno arrastra por el mundo sus defectos y sus virtudes, y deben ser

conscientes de ello y no pretender hallar su reflejo en espejos paralelos.

SOLDADO.- ¿Vos amáis más a Ricardo?

LEONOR.- Como Reina.

SOLDADO.- ¿Por qué?

LEONOR.- Porque desde el principio supe que le adornaban más cualidades para ser rey de Inglaterra.

SOLDADO.- ¿Y como madre?

Leonor piensa la respuesta.

LEONOR.- *(Su voz se endurece.)* Cada vez que miro a Juan, mi entendimiento se nubla con los recuerdos de su embarazo, de Rosamunda, de Enrique, de los largos días que hacían interminable su gestación y que me impedían regresar a Aquitania para vengarme de su ofensa.

Sí, reconozco que no fui una madre ejemplar para él.

SOLDADO.- Entonces no os extrañará su angustia.

LEONOR.- ¿Su angustia?

SOLDADO.- No sentirse querido por vos.

LEONOR.- *(A la defensiva.)* No fue culpa mía.

SOLDADO.- Ni de él.

LEONOR.- ¿Qué insinuáis?

SOLDADO.- Que en el amor es tan culpable quien no lo da, como quien no lo recibe; el que es avaro con las caricias, como el que necesita vivir de ellas. Sus vidas se cruzan pero jamás se otorgarán la medida justa que les lleve a la felicidad.

LEONOR.- Como reina mi salario no consiste en prodigar cariño a manos llenas, sino en procurar la estabilidad de un reino.

SOLDADO.- Pues rogad para que la historia os juzgue como reina y no como madre.

El soldado hace una leve inclinación y comienza a retirarse.

LEONOR.- ¿A dónde vais?

SOLDADO.- Me han llamado.

LEONOR.- *(Extrañada.)* No he escuchado ninguna voz que reclame vuestra presencia.

SOLDADO.- Eso demuestra que aun no me necesitáis.

LEONOR.- ¿Por qué siempre me inquietan vuestras palabras?

SOLDADO.- Porque son la respuesta a las preguntas que vos intentáis ocultar.

Oímos el tañido de unas campanas. Leonor se estremece.

LEONOR.- ¡Silencio! Las campanas llaman a la oración. ¡Cuán lúgubre resulta su canto en la soledad de mi cautiverio! Ni anunciando buenas nuevas dejan de sobrecogerme sus latidos. *(Se vuelve hacia el soldado.)* Soldado, escuchad...

El soldado ha desaparecido. Leonor retrocede asustada por el sonido que ahora aumenta considerablemente. Se tapa los oídos como si así alejara el terrible presentimiento que aborda su mente. Intenta huir de la antesala pero sus pasos desmadejados

apenas la mueven del sitio. Un grito aterrador se desprende de su garganta.

LEONOR.- ¡¡Nooooooooo!!

La luz se apaga de golpe dejándonos el eco de su voz mezclado con los tañidos de las campanas.

TELÓN.-

ACT O II

ESCENA III

Según sube el telón escuchamos lejanas las campanadas que doblan a muerte. Leonor aparece y vacila de gasa en gasa, como enloquecida, buscando el espíritu de Enrique Plantagenet. Vemos la figura del soldado detrás de una de las telas observando la escena.

LEONOR.- ¡Maldito seas, Enrique! Sí, a ti me dirijo aunque mi voz sólo sea contestada por el viento. ¡Me has traicionado de nuevo! ¡Me has traicionado hasta en tu muerte! ¿¡Qué ser pudo engendrar a un monstruo como tú!? ¡Un monstruo incapaz de cumplir ninguna de las promesas que escupía su boca! Juraste que yo cogería entre mis manos tu último aliento, que ambos viajaríamos juntos al infierno. ¿Hasta tal punto llega tu maldad que me condenas a vivir sin la esperanza de odiarte? ¡Yo te maldigo Plantagenet! ¡Maldigo el día que mis labios se emborracharon de los tuyos! ¡Que los dioses del averno claven sus dardos de fuego en tu ulcerada carne! ¡Que pasen cien eternidades antes de que tu calavera disfrute de la mía! ¡¡Os odio!!

Las campanas dejan de escucharse. Leonor para en su delirio y bajando la voz...

¡Os odio tanto que os amo!

SOLDADO.- *(Detrás de la gasa.)* El rey ya no puede oír vuestras palabras, Majestad.

LEONOR.- *(Hundida.)* ¿¡Por qué ha tenido que ser él!?

SOLDADO.- *(Detrás de la gasa.)* Nadie puede huir cuando es llamado por la propia sepultura.

Leonor hablara al aire, buscando la imagen del soldado como si fuera un espíritu.

LEONOR.- Decidme, ¿dónde murió?

SOLDADO.- *(Detrás de la gasa.)* En el castillo de Chinón, el seis de julio del año del señor de 1.189.

LEONOR.- ¿Vos estuvisteis allí?

SOLDADO.- Era mi obligación, señora.

LEONOR.- ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

SOLDADO.- *(Saliendo de la gasa.)* Vuestro nombre, majestad.

LEONOR.- *(Fuera de sí.)* ¡Mentís!

SOLDADO.- Os lo juro.

LEONOR.- ¡Contened esa lengua, soldado, o el perjurio hará que la sogá bese vuestro cuello aunque lo cometáis para mitigar el desconsuelo de la reina!

Leonor hace una pequeña pausa.

- LEONOR.-** (*Con recelo.*) Decís, que pronunció mi nombre.
- SOLDADO.-** Tres veces, mi señora.
- LEONOR.-** (*De nuevo enfurecida.*) ¿¡Tres!?! ¿Tres veces fue negado nuestro Señor! ¿Tres hijos nos han sido arrebatados por los cielos! ¿Tres años duró la fidelidad en nuestro matrimonio! ¿¡Por qué iba a repetir mi nombre tres veces!?
- SOLDADO.-** Quizá porque os amaba.
- LEONOR.-** Enrique no ha amado a nadie, ni a sí mismo. No, soldado, vuestro rey me odiaba, me odiaba profundamente porque jamás consiguió doblegarme, me odiaba como la corriente odia al junco que no puede arrastrar.
- SOLDADO.-** Esas mismas razones me servirían para explicaros por qué os amaba.
- Leonor queda desconcertada por el concepto que argumenta el soldado.*
- LEONOR.-** (*Dubitativa.*) ¿Enrique me amaba? ¿Me odiaba? ¡Dios, no permitáis que las dudas corroan mi alma como la lepra cercena la carne débil! Si Enrique me odiaba tanto, ¿por qué no vino a morir en mis ojos?
- SOLDADO.-** El odio es incapaz de alargar la vida.
- LEONOR.-** ¡Os equivocáis soldado! Vuestra escasa inteligencia ignora que durante estos catorce años me ha mantenido en ella.
- SOLDADO.-** (*Con dureza.*) ¡No! Vos estáis aquí porque no ha llegado vuestra hora. El odio y el amor sólo son un reflejo de la vileza del ser humano. Esa compleja dualidad que nos aflige y nos embriaga. ¡Odio! ¡Amor! Que fino es el hilo que separa ambos

sentimientos, que falso el espejo que nos muestra su imagen. ¿Por qué nuestro corazón refleja su brillo sin que la razón impere? La pasión.

¿A quién odiamos? ¿A quién amamos? Hacemos daño a quien nos ama pero odiamos a quien no nos estima. Odiamos a quien nos humilla con su olvido pero nos humillamos por ser dueños de sus palabras. ¡La pasión! Amamos a quien nos ríe pero pronto odiamos sus risas. Odiamos por miedo y amamos por egoísmo. Matamos y morimos al amparo de su nombre. Y en medio de su tormenta cruzamos de una orilla a otra por el simple roce de una palabra o por el gesto contenido de una caricia.

Vos misma, señora, fijaos en el hecho: hoy debería ser un día de júbilo. Vuestro hijo, Ricardo, será coronado rey y vos recobraréis la libertad. Pero es una alegría incompleta la que gobierna vuestro ánimo. Mente y corazón viajan por separado. Mientras una bendice las primeras luces del día, el otro sufre porque el pulso de vuestro odio late sin eco.

¡Qué frágiles somos!

LEONOR.- *(Tras una pausa. Muy digna.)* ¿Habéis terminado?

SOLDADO.- *(Sin entenderla.)* ¿Perdón?

LEONOR.- ¿Quién os otorgó el derecho de hablar en ese tono a vuestra reina?

SOLDADO.- Mis oídos, majestad, por escuchar sin tregua vuestro infortunio. Mis ojos, por posarse en vos cuando necesitabais que alguien os mirara. Mis labios, por reconfortaros con amables palabras en la soledad del dolor. Y mi corazón, porque sabiendo que sólo nos

diferencia la cuna, ha aguantado con respeto vuestras humillaciones.

Leonor le observa con el desconcierto prendido en sus ojos.

SOLDADO.- *(Con una leve inclinación.)* Y ahora, si me disculpáis, os dejo con una visita. La prometida de vuestro hijo Ricardo y amante de vuestro esposo, Enrique Plantagenet, os aguarda.

Aparece en escena Alais. Su actitud es de penitente ante la reina, no obstante había vivido desde niña con Leonor y su familia a raíz del compromiso matrimonial con Ricardo, y de dolor por la muerte de su amado.

ALAIS.- *(Arrodillándose.)* Majestad.

Leonor mira con indiferencia a esa mujer postrada a sus pies. El silencio se hace tan incomodo que Alais levanta la vista amedrentada hacia ella.

ALAIS.- *(Temerosa repite.)* Majestad.

LEONOR.- *(Con frialdad.)* Hubo un tiempo en el que vos me llamabais madre.

ALAIS.- *(Humilde. Bajando la mirada.)* En ese tiempo, el aire que respiraba no dependía de sus miradas.

LEONOR.- ¿Venís a implorar perdón?

ALAIS.- Ni cien años en esta postura, mi señora, me absolverían del dolor que os he causado.

Leonor camina con altivez hacia la silla y se sienta como si fuera el trono.

LEONOR.- ¿Pensabais de igual modo cuando calmabais la lujuria en mi lecho?

ALAIS.- No.

LEONOR.- ¿Cuando usurpasteis unas caricias que solamente a mí deberían ir destinadas?

ALAIS.- No.

LEONOR.- Levantaos.

Alais se levanta sin atreverse a mirar la reina.

LEONOR.- ¡Miradme a los ojos cuando os hablo!

Levanta su mirada huidiza hacia Leonor. La reina empieza a reprocharle su actitud sin dejarse llevar por la rabia que contiene su corazón. Poco a poco ira en aumento su ira.

LEONOR.- Cuando siendo niña acordamos vuestra boda con Ricardo, os acepte en mi casa, os crié como si fuerais mi hija, me comporte con vos como una madre.

ALAIS.- Por tal os tenía.

LEONOR.- ¿Habéis olvidado cómo jugábamos? ¿Cómo soñábamos con el día en que tendríais hijos con Ricardo y con los nombres que pondríais a mis nietos?

ALAIS.- Jamás podré olvidarlo.

- LEONOR.-** La primera hija se llamaría Leonor, ¡Por Dios! (*Más dura.*)
¿Cómo pudisteis acceder a sus deseos? ¿Cómo pudisteis traicionarme de esa forma?
- ALAIS.-** Mil excusas podrían salir de mis labios y ninguna de ellas os reconfortaría.
- LEONOR.-** No quiero mil excusas, ni cien, ni una. Sólo quiero que me digáis la verdad. ¿Cómo pudisteis olvidar que yo fui una madre para vos?
- ALAIS.-** Por amor.
- LEONOR.-** ¿Amor? (*Con amargura.*) ¡Cuántos crímenes se han cometido esgrimiendo esas cuatro letras!
- ALAIS.-** El amor no es un crimen, pero si lo fuera, podríais condenarme por dejarme arrastrar en el fango de su delito.
- LEONOR.-** (*Dura.*) Dejaos de teorías y de florituras baratas que no os eximen de vuestro pecado. ¿Acaso no había nobles que llamaran vuestra atención? O ¿caballeros que os dijeran algún requiebro? (*Despectiva.*) O ¿Bufones que mitigaran vuestras inclinaciones nocturnas?
- ALAIS.-** El amor, mi señora, no se elije.
- LEONOR.-** (*Con rabia.*) ¿Ah, no? ¡Pero vos si elegisteis fornicar con mi esposo!
- ALAIS.-** Para mí, señora, en aquellos momentos, Enrique sólo era un hombre.
- LEONOR.-** ¿Sólo un hombre? ¡¡Ese hombre era el padre de vuestro prometido!!
- ALAIS.-** Junto a un prometido que me ignoraba, se encontraba un hombre que me colmaba de atenciones, de cariño, que me abría a un mundo desconocido de sentimientos y pasiones.

LEONOR.- ¿Pasión? ¿Desde cuando una princesa se deja llevar por el fuego fatuo de la pasión como si fuera una vulgar cortesana?

Alais recibe el insulto y cambia de actitud.

ALAIS.- Estoy convencida de que vos misma podéis responderos a esa pregunta, majestad.

LEONOR.- ¿Qué insinuáis?

ALAIS.- La pasión siempre ha sido una constante a lo largo de vuestra vida.

LEONOR.- *(Intrigada.)* Seguid.

ALAIS.- Cuando estabais desposada con mi padre Luís y erais reina de Francia, os dejasteis llevar por ella cuando conocisteis a Enrique y os enamorasteis de él.

LEONOR.- *(A la defensiva.)* Cuando me enamoré, como vos decís, de Enrique, era libre. El Papa ya había anulado mi matrimonio con Luís.

ALAIS.- ¿Por qué lo anuló, señora?

LEONOR.- *(Pasando por encima, como si no quisiera explicarlo.)* Porque no podía darle un heredero al trono y se disolvió el sagrado vínculo.

ALAIS.- Una hábil estratagema para quedaros libre y poder casaros con Enrique.

LEONOR.- *(Con ira contenida.)* ¿Estratagema? Me sorprende la doblez que percibo en vuestras palabras.

ALAIS.- Trato de haceros ver que la pasión no ha germinado su semilla únicamente en mí.

LEONOR.- Continuad, me tenéis intrigada.

- ALAIS.-** Según tengo entendido, vos y Enrique os enamorasteis, y urdisteis un plan para conseguir vuestra libertad y poder unirnos en Santo Matrimonio.
- LEONOR.-** No paréis, os lo ruego, necesito avivar mi imaginación con algo de fantasía.
- ALAIS.-** Amparándoos en que no dabais un heredero al trono de Francia, convencisteis a mi padre para que os permitiera “sacrificar” vuestro destino como reina y le pidiera al Papa la nulidad.
- LEONOR.-** ¡Perfecto! ¿Y qué artimañas utilicé para no darle un varón al rey de Francia?
- ALAIS.-** Lo ignoro, mi señora, porque es notorio que a Enrique le habéis dado cinco varones. Y que mi padre, que Dios lo tenga en su gloria...
- LEONOR.-** *(Con hastío.)* Lo tendrá, descuidad, era un santurrón.
- ALAIS.-** Tras casarse con su tercera esposa, Adela de Champaña, tuvo por fin el heredero deseado: Felipe, mi hermanastro y actual soberano de Francia.
- LEONOR.-** *(Irónica.)* ¿Acabareis acusándome de brujería?
- ALAIS.-** Nada más lejos de mi intención, señora, en todo caso trazo la similitud de nuestros comportamientos.
- LEONOR.-** ¿Y esa “estratagema”, como la definís vos, la llevé a cabo por la pasión que despertaba en mí Enrique?
- ALAIS.-** Eso quiero creer, majestad, la otra razón para llevar a cabo tal empresa es más ruin a mis ojos, y demostraría una ambición desmesurada en una mujer de vuestra condición.
- LEONOR.-** Contádmela, os aseguro que mis oídos la aguardan con impaciencia.

ALAIS.- Al casaros con Enrique Plantagenet, y aportar como dote Aquitania, Enrique sería nombrado heredero al trono de Inglaterra, y vos pasaríais de ser reina de Francia a ser reina de Inglaterra.

LEONOR.- En definitiva, no cambiaba nada, seguiría siendo reina. ¿No veo las poderosas razones que me llevaron a cometer semejante tropelía?

ALAIS.- Tenéis razón, mi señora, sólo cambiabais de esposo. Apartabais de vuestro lado a un “santurrón” como mi padre, y acogíais en vuestro seno a un hombre atractivo, diez años más joven que vos.

La última frase hiere a Leonor, que gira su mirada hacia Alais presa de la ira.

LEONOR.- *(Enrabiada.)* ¿¡Y todas esas mentiras os las contó el bastardo de Enrique!?

ALAIS.- A esa pregunta, aún sabiéndola, jamás debiera contestar, pero sabed, mi señora, que son bulos que corren por los mentideros de la corte.

LEONOR.- ¿Cómo os engañó para meteros en su lecho? ¿Os prometió que se casaría con vos cuando yo muriera? ¿Os prometió que seríais reina de Inglaterra?

ALAIS.- Sus promesas nunca fueron encaminadas hacia la ambición, sino hacia la felicidad que nos invadía al estar juntos.

LEONOR.- ¡Tened esa lengua! ¡No olvidéis que estáis hablando de mi esposo!

ALAIS.- Perdonad mi atrevimiento, señora, pero intento responder con la sinceridad por vos exigida.

LEONOR.- Pues entonces seamos sinceras. ¿Le creíais cuando os endulzaba los oídos hablando de la etérea felicidad que le ataba a vuestros brazos?

ALAIS.- Si no le creyera, no le habría amado.

LEONOR.- Vuestra transformación es digna de estudio. A veces resultáis una cándida paloma para rápidamente transformaros en un pérfido halcón.

ALAIS.- Seguramente no seré ni una cosa ni la otra.

LEONOR.- Enrique os mintió, como mintió a todo el mundo. *(Con saña.)* ¿Acaso pensabais que os era fiel? ¿Qué iba a cumplir sus promesas? ¿Que vos erais diferente a la legión de mujeres que pasaban por sus aposentos?

ALAIS.- Cuando estás enamorada no te planteas esas inquietudes. Sólo vives para descubrirte en sus ojos.

LEONOR.- *(Fuera de sí.)* Pero, ¿¡Quién creéis que sois!? ¿¡Por qué misterioso motivo Enrique os iba a amar a vos, más de lo que me amó a mí!? ¿¡Por qué os iba a entregar lo que jamás entregó a nadie!?

ALAIS.- Nunca le pedí que me entregara nada, yo sólo le amaba.

LEONOR.- ¡Esa actitud sensiblera me hiela la sangre!

Leonora intenta calmar su furia pero es imposible abatirla.

LEONOR.- *(Rodeándola.)* Decidme, ¿Qué más historias os ha contado sobre mí?

ALAIS.- Nada que no os afecte la vanidad, pues sus palabras siempre fueron elogiosas para vuestra persona.

LEONOR.- *(Inquisitorial.)* ¿Os contaba nuestras intimidades?

ALAIS.- *(Turbada.)* No, señora.

LEONOR.- ¡Mentís! Si tanto os amaba ¿qué le impedía confesaros sus secretos? ¿Cómo era con vos?

ALAIS.- *(Avergonzada.)* Majestad...

LEONOR.- *(Atacándola con su proximidad.)* ¿No esgrimíais la sinceridad hace unos instantes para encubrir vuestra osadía? Bien, pues a ella apelo. ¿Cómo se comportaba con vos en el lecho? ¿Era salvaje? ¿Altivo? ¿Egoísta?

ALAIS.- *(Rompe a llorar agarrándose al vestido de Leonor.)* Majestad, libradme de esta pesadilla, no puedo haceros esto.

LEONOR.- *(Se deshace del abrazo, tirándola al suelo.)* Ya lo habéis hecho, ahora sólo me lo estáis contando. ¿Os repito la pregunta o la habéis retenido en vuestra frágil memoria? ¿¡Como era mi esposo con vos en el lecho!?

ALAIS.- *(Desde el suelo.)* Era... era...

LEONOR.- *(Impaciente.)* ¿¡Qué!?

ALAIS.- *(Con lágrimas en los ojos.)* Era tierno cuando la ocasión lo requería; salvaje cuando nuestros cuerpos se desbocaban; dulce cuando el cansancio nos dejaba sin aliento; cariñoso cuando el sueño nos cercaba; maravilloso cuando el alba nos descubría; era... era... ¡Mi amor!

Hay una pausa. Alais llora la perdida de Enrique, Leonor parece abatida. Se sienta de nuevo en su humilde trono.

LEONOR.- (*Hundida.*) En verdad, no estamos hablando del mismo hombre.

Leonor observa el abatimiento de Alais.

LEONOR.- Levantaos.

Alais obedece pero mantiene su postura de dolor.

LEONOR.- ¿A qué habéis venido? Ya que ha quedado claro que el motivo no es precisamente el arrepentimiento de vuestros actos.

ALAIS.- Me arrepiento del dolor que os causé pero nunca podré arrepentirme de haberlo amado.

LEONOR.- No me tornéis a la amargura y decidme qué motivo ha dirigido vuestros pasos a mi presencia.

ALAIS.- Solicitar a vuestra majestad un gran favor.

LEONOR.- Curiosa manera tenéis de venir a solicitar un favor.

ALAIS.- Soy consciente de que la sinceridad no gestiona amistades, pero el cariño que os profeso me impedía defenderme ante vos con mentiras.

LEONOR.- No me lo recordéis y hablad de una vez.

ALAIS.- Quiero que me dispenséis del compromiso contraído.

LEONOR.- (*Sin entenderla.*) ¿A qué os referís?

ALAIS.- No quiero desposarme con Ricardo.

LEONOR.- No os entiendo.

ALAIS.- Comprended, mi señora, que no puedo casarme con el hijo de mi... (*Rectificando.*) de Enrique.

- LEONOR.-** Juraría que vuestra conducta hasta ahora no se apoyaba precisamente en la moralidad.
- ALAIS.-** Os equivocáis, mi señora, si me permitís haceros esta observación, los actos que me han llevado a...
- LEONOR.-** *(Cortándola con impaciencia.)* Dejaos ya de palabrería vana. Vos sois una princesa de Francia, y como tal, tenéis unas obligaciones.
- ALAIS.-** Obligaciones que me han sido impuestas.
- LEONOR.-** Impuestas por vuestro rango. ¿Qué pasaría si la nobleza no concertara sus bodas por razones de estado? *(Despectiva.)* ¿Si lo hiciéramos, únicamente, por el pasajero influjo de las bajas pasiones? ¿Si lo hiciéramos como la plebe?: *(Sarcástica.)* Por amor.
- ALAIS.-** Que seríamos más felices.
- LEONOR.-** No seáis ingenua. Que nos igualaríamos a ellos. Más, si tenemos en cuenta que cualquier princesa con vuestras ideas, podría enamorarse de un herrero, o de un soldado. Y si se diera ese desatino, ¿os habéis preguntado qué diferencia habría entre ser vasallo y ser noble?
- ALAIS.-** Lo desconozco, señora.
- LEONOR.-** Os ahorraré las que ya conocéis, iré a las más cercanas y de las que vos habéis sacado provecho. Vivís en palacios y ellos en chozas, coméis tres veces al día y ellos pasan hambre, vestís con sedas y ellos con andrajos. ¿Qué decís?
- ALAIS.-** Que el mundo es injusto.
- LEONOR.-** No hablamos de justicia, sino de prebendas por ser nobles. Nosotros dirigimos los destinos de la tierra y ellos obedecen.

¿Qué creéis que haría el pueblo si cualquiera de ellos pudiera ocupar nuestro puesto?

ALAIS.- ¿Respetarnos?

LEONOR.- Reclamar sus derechos. Si todos somos iguales que razón tendría que la nobleza disfrutara de ciertos privilegios. ¿Estáis dispuesta a rechazar el lujo con el que habéis vivido?

ALAIS.- Si vos me lo permitís, antes que casarme con Ricardo, estoy dispuesta a renunciar a la vida mundana y a recluirme en un convento.

Leonor la mira con claro desconcierto.

LEONOR.- *(Para ella.)* ¡Cuánto daño os ha causado el amor!

ALAIS.- No ha sido el amor, sino la muerte de ese amor lo que me empuja a renunciar a mi misma.

LEONOR.- Está bien, no dispongo de más tiempo para vos. Hablaré de vuestros ruegos con Ricardo.

ALAIS.- Gracias, majestad.

LEONOR.- Ahora podéis retiraros.

ALAIS.- Como vos mandéis.

Alais hace una reverencia y se dirige a la salida. Leonor corta sus pasos.

LEONOR.- *(Sin mirarla.)* Esperad.

Alais detiene sus pasos sin volverse.

LEONOR.- *(Sin mirarla.)* ¿Sabéis cuales fueron las últimas palabras de Enrique antes de morir?

ALAIS.- Lo ignoro, mi señora.

Leonor posa la mirada hacia la triste figura de Alais.

LEONOR.- Vuestro nombre.

Alais se vuelve a ella con los ojos llenos de lágrimas.

ALAIS.- Gracias, madre.

Alais se retira. Leonor, sentada en su trono, refleja su abatimiento mientras la luz se va apagando lentamente. Cuando sólo queda el foco cenital sobre la reina, se apaga de golpe.

ESCENA IV

NARRADOR.- Convento de Fontevrault. En el año del Señor de 1.199.

Esta última escena transcurre en el convento de Fontevrault, lugar de retiro de la reina, donde le sorprendió la muerte en el año 1.204. La luz debe amortiguarse, perder la dureza de las anteriores escenas para reflejar la paz que allí existía.

Leonor irrumpe en la escena buscando al soldado. Su rostro está relajado, sus movimientos suaves. La crispación que desprendía su cuerpo se ha tornado en serenidad.

LEONOR.- ¡Soldado! ¡Soldado!

El soldado entra en escena.

SOLDADO.- ¿Me llamabais, señora?

LEONOR.- Sí, ¿disponemos de tiempo antes de partir?

SOLDADO.- Me temo que no demasiado.

LEONOR.- (*Preocupada.*) No ha venido.

SOLDADO.- Vendrá.

LEONOR.- ¿Por qué lo aseguraréis con tanta certeza?

SOLDADO.- No despreciará la oportunidad de presentarse ante vos como un triunfador.

Alejándose del soldado. Evocadora.

LEONOR.- Que intrincado es el destino. Cómo juega con nuestros sueños antes de que se vean cumplidos.

SOLDADO.- ¿Se han cumplido los vuestros?

Leonor mira al soldado buscando una respuesta.

LEONOR.- No lo sé. Los sueños se desvanecen tan rápido cuando los has conseguido.

SOLDADO.- Porque otros deseos nacen en nuestro corazón y los relegan al olvido.

LEONOR.- Fui esposa, madre y reina. Fui amada y amé. ¿Debería ser suficiente?

SOLDADO.- Creo, mi señora, que nunca es suficiente.

LEONOR.- Haciendo memoria de todos los años que me contemplan, desconozco si tanto esfuerzo y tanta lucha, en verdad han merecido la pena.

SOLDADO.- Si os atrevéis a hacer esa pregunta es porque sin duda la ha merecido.

LEONOR.- Sentenciáis con prontitud.

SOLDADO.- Nadie se arrepiente de lo que no hace.

LEONOR.- Pero, ¿qué habría ocurrido en mi vida si no hubiera cometido ciertos errores? Porque no es el arrepentimiento lo que me lleva

a la duda, sino la duda la que me abandona en el arrepentimiento.

SOLDADO.- Los juegos de palabras siempre han sobrepasado mis conocimientos, señora.

LEONOR.- Y la filosofía los míos.

SOLDADO.- Pues interrumpamos la conversación.

LEONOR.- Interrumpámosla.

El soldado hace intención de abandonar la estancia. Pero es frenado por la voz de Leonor.

LEONOR.- Aguardad.

SOLDADO.- *(Volviéndose.)* Sí, mi señora.

LEONOR.- *(Misteriosa.)* ¿Hay otra vida?

SOLDADO.- ¿Dónde?

Leonor sonríe la argucia del soldado para no contestar.

LEONOR.- ¿Hay otra vida dónde podamos ser felices? ¿Dónde la ambición y el deseo no gobiernen nuestros actos?

SOLDADO.- Hay otras vidas.

LEONOR.- *(Sin comprender.)* ¿Otras vidas?

SOLDADO.- Sí, y todas son diferentes pero su final las asemeja: la del campesino, la del soldado, la del herrero. Y en todas ellas, el deseo y la ambición están presentes. No es una propiedad del cargo sino del ser humano.

LEONOR.- Entonces, ¿la felicidad no existe?

SOLDADO.- Si la felicidad es un objetivo en si misma, aunque la busquéis con denuedo jamás la hallaréis.

LEONOR.- No se encuentra lo que no se busca.

SOLDADO.- ¿Vos habéis sido feliz?

LEONOR.- Yo he sido Leonor de Aquitania.

SOLDADO.- Ahí tenéis la respuesta.

Juan entra en escena. Es rey de Inglaterra tras la muerte de Ricardo. Su actitud es de orgullo y venganza tras las humillaciones sufridas para llegar al cargo.

SOLDADO.- Y aquí la visita que aguardabais.

El soldado se retira silencioso. Leonor, nada más ver a Juan, se postra ante él.

LEONOR.- Majestad.

Juan observa a su madre, inclinada ante él, con una sonrisa cruel dibujada en su rostro. Hace una ligera pausa antes de hablar, saboreando el momento.

JUAN.- Ricardo, vuestro hijo amado, el adalid de los conquistadores, la luz que iluminaba al reino, ha muerto.

LEONOR.- *(Inclinada.)* Lo sé, mi señor.

JUAN.- Ahora, tal y como os prometí, señora: *(Orgullosa)* ¡Yo soy el rey de Inglaterra! *(Viendo que Leonor sigue inclinada y en silencio.)* ¿No tenéis nada que decir?

LEONOR.- Me congratulo por vos, y le pido a Dios que os guarde muchos años.

Juan se siente incomodo. No esperaba la docilidad de Leonor y no soporta ver a su madre postrada.

JUAN.- Me han comunicado que deseáis pasar aquí vuestros últimos días en el convento de... *(No aguanta más y se interrumpe. Con brusquedad.)* ¡Oh, levantaos!

LEONOR.- Gracias, mi señor.

JUAN.- *(Ha perdido el hilo por la desagradable situación.)* ¿Qué os estaba diciendo?

LEONOR.- Hablabais de mi intención de retirarme...

JUAN.- *(Cortándola enfadado.)* Sí, sí, de retiraros en este convento de Fontevrault.

LEONOR.- Ese es mi deseo.

JUAN.- *(Indignado.)* ¿¡Por qué!?

LEONOR.- *(Extrañada ante la indignación.)* Porque espero encontrar aquí la paz que tanto añoran mis años, si mi señor no dispone lo contrario.

JUAN.- *(Indignado.)* No me refiero a los motivos de vuestro retiro, sino a vuestro comportamiento ante mí.

LEONOR.- *(No le entiende.)* Os pido perdón si mi comportamiento no es el correcto, pero no os entiendo.

JUAN.- ¿Lo veis? Esa fingida docilidad con mi persona es la que me siembra el desconcierto.

LEONOR.- Sois el rey.

JUAN.- Y vuestro hijo.

LEONOR.- Esa circunstancia no debe aminorar el respeto que siento por mi soberano.

JUAN.- *(Cada vez más enfadado por la falta de lucha.)* ¡Por todos los cielos! ¿Quién sois vos? ¿¿Dónde está Leonor de Aquitania que no la reconozco en vuestras palabras!?

LEONOR.- La tenéis ante vuestros ojos.

JUAN.- ¡No! Vos sois una mujer temerosa que añora confinarse entre soledades y rezos.

LEONOR.- ¿No aprobáis la soledad de la oración?

JUAN.- *(Irónico.)* No os imagino orando por mí.

LEONOR.- Por vos, por Ricardo, por Enrique, por Go...

JUAN.- *(Cortándola.)* ¡Dejad que los muertos nos aguarden en su sepultura! Nos estamos vivos, ocupad vuestros labios con nuestros días.

LEONOR.- Como vos ordenéis.

JUAN.- Bien, os doy permiso para que os retiréis en este convento, si ese es vuestro deseo.

LEONOR.- Gracias, majestad.

JUAN.- *(Con cierto malestar.)* Y ahora debo marcharme, vos sabéis mejor que nadie las obligaciones que conlleva ser rey.

Aunque diga que quiere irse, Juan no se mueve, como si esperara que su madre lo retuviera.

LEONOR.- Las conozco, y os agradezco que las hayáis interrumpido para regalarme la vista con vuestra visita.

JUAN.- *(Nervioso. Sin saber qué decir.)* Sí, sí.

Leonor hace una reverencia al terminar su frase. Hay un silencio incomodo. Juan no se mueve. Leonor se yergue lentamente y observa la indecisión de su hijo.

LEONOR.- Perdón, majestad, os noto inquieto. ¿Algún problema os embarga?

JUAN.- *(Distraído.)* ¿Eh? No, no.

LEONOR.- Pensaba que os marchabais. O tal vez, ¿preferís almorzar conmigo? Os advierto que las viandas son frugales pero sabrosas.

JUAN.- No, no dispongo de tiempo. Adiós.

LEONOR.- Adiós, mi señor.

Juan da dos pasos para salir pero se frena. Leonor vuelve a hacerle la reverencia pero cuando se levanta le ve parado.

LEONOR.- *(Olvidándose de su humildad.)* ¡Santo Dios, Juan! ¿Quieres decirme de una vez que te ocurre?

JUAN.- Que me desconcierta tu conversión.

LEONOR.- Deja las excusas para tus amantes y cuéntame a qué has venido. O ¿pretendes que me crea que has venido hasta el convento sólo para autorizar mi ingreso en el?

JUAN.- *(Con rabia.)* ¡Esta es Leonor! ¡Esta es mi madre!, que no me respeta ni ciñéndome la corona.

LEONOR.- Si te respeto como rey te desconcierto, si te hablo como una madre te enfurezco. ¿Cómo debe ser ese sutil comportamiento que deseas?

JUAN.- Como el que dispensabas a Ricardo.

- LEONOR.-** Ya salió la bilis por tus labios, es que ¿hasta muerto vas a envidiarle?
- JUAN.-** (*Dolido.*) ¡Yo no lo envidio por lo que fue, sino por la madre que tuvo!
- LEONOR.-** Pues ¿qué tienen tus ojos que ven diferentes personas cuando es una sola la que os dio la vida?
- JUAN.-** Mis ojos y mi corazón solo tienen el lógico pesar que los aturde cuando reconocen que jamás habéis hecho nada por mí.
- LEONOR.-** (*Agotada de oír las mismas quejas.*) Nunca cambiarás, Juan, ¿Qué querías que hiciera?
- JUAN.-** Que me apoyaras, como hiciste con él.
- LEONOR.-** Siempre hice lo que creí que era mejor para el reino, para la familia, y lo mejor en aquellos momentos era que Ricardo fuera rey de Inglaterra.
- JUAN.-** (*Con amargura.*) Tu desconfianza hacia mis meritos, me ha amargado la existencia.
- LEONOR.-** Debía hacer una elección y la hice. Puede que me equivocara, que la fortuna no bendijera mi decisión, pero una madre también comete errores.
- JUAN.-** Yo sólo pedía una caricia, una palabra que alentara mi postergación.
- LEONOR.-** Ahora eres el rey, ¿no confío en ti?, ¿no te apoyo?
- JUAN.-** (*Airado.*) ¿Cómo me apoyas? ¿Huyendo a este convento?
- LEONOR.-** Tu madre jamás ha huido.
- JUAN.-** Entonces ¿a que vienen esos repentinos deseos de alejarte del mundo?
- LEONOR.-** Para recibir el descanso merecido, para que puedas gobernar sin la vigilancia de mi sombra.

JUAN.- ¿Y no has pensado, por un instante, que tu hijo te puede necesitar?

LEONOR.- ¿Me puedes necesitar? O ¿me necesitas?

Juan la mira. Sigue con la indecisión de mostrar el motivo de su visita.

JUAN.- (*Orgullosa.*) Tu ejemplo me ha enseñado que el rey de Inglaterra no puede necesitar a nadie.

LEONOR.- Entonces, majestad, no habéis aprendido nada. Y ahora, os ruego que me disculpéis pero me siento fatigada y debo descansar. Los años que me vencen no conocen la misericordia. (*Para ella.*) Y vuestra conversación tampoco.

Juan deja que su madre se aleje y cuando esta a punto de salir de escena.

JUAN.- ¡Madre!

Leonor se detiene pero no habla.

JUAN.- Felipe, el rey de Francia, reclama el trono de Inglaterra para Arturo.

LEONOR.- (*Pensativa.*) Arturo, mi nieto, el hijo de Godofredo.

JUAN.- (*Con odio.*) Sí, ese bastardo.

LEONOR.- (*Recriminándole.*) Juan, es tu sobrino.

JUAN.- (*Ofendido.*) ¡Un sobrino disputando el trono a su tío!

- LEONOR.-** Eso demuestra que es de la familia. Siempre nos ha gustado guerrear entre nosotros.
- JUAN.-** Ya. El francés no me perdona que apoyara a Ricardo contra él. Este es su modo de vengarse.
- LEONOR.-** Lo haría igual aunque no hubieras apoyado a tu hermano. Acostúmbrate a esta lucha, Juan: Cualquier rey francés intentará arrebatarle Aquitania.
- JUAN.-** Mientras yo reine jamás la tendrán.
- LEONOR.-** Eso espero. De modo que Felipe ha pactado con Arturo, él le convierte en rey de Inglaterra y Arturo, a cambio, le cede Aquitania.
- JUAN.-** Exacto.

De repente Juan se queda perplejo por la conclusión de Leonor.

- LEONOR.-** Tú sobrino es tonto. Ignora que Aquitania es la llave para conquistar cualquier reino. Sin Aquitania no...
- JUAN.-** Un momento. ¿Qué has dicho?
- LEONOR.-** Que tu sobrino es tonto.
- JUAN.-** No, no. ¿Cómo sabías que el pacto entre Felipe y Arturo era Aquitania?
- LEONOR.-** *(Se ve pillada e intenta arreglarlo. Ingenua.)* ¿No me lo has dicho tú?
- JUAN.-** De mi boca no ha salido ese acuerdo.
- LEONOR.-** Supongo que es lógico pensar que si le presta su apoyo para que sea rey de In...

- JUAN.-** *(Cortándola.)* ¡Mientes! ¡Conocías ese acuerdo mucho antes de que yo llegara! ¡Eras consciente de que ese era el motivo de mi visita!
- LEONOR.-** *(Quitándole importancia.)* Consciente, consciente, disponía de alguna información. *(No hay mejor defensa que un ataque.)* Pero una madre siempre espera que la visita de su hijo sea por cariño, no por política.
- JUAN.-** Déjate de zalamerías. Has estado jugando conmigo desde que entré en esta sala.
- LEONOR.-** A cualquier cosa le llamas jugar. Presiento que no has jugado mucho de niño.
- JUAN.-** ¿Adivina quién tuvo la culpa?
- LEONOR.-** Hoy mis oídos ya están saturados de reproches, ¿no sería mejor que discutiéramos la manera de abortar ese pacto?
- JUAN.-** Desde luego.
- LEONOR.-** ¿Para eso has venido?
- JUAN.-** *(De mala gana y en voz baja.)* Sí.
- LEONOR.-** No te he oído bien. Será por el zumbido de tus quejas.
- JUAN.-** *(Más alto.)* Sí, ha eso he venido.
- LEONOR.-** Perfecto. Sólo quería saber que me necesitas.
- JUAN.-** Yo no he dicho...
- LEONOR.-** *(Regañándole como si fuera un niño para que se calle.)* ¡Juan!
- JUAN.-** *(Le cuesta decirlo.)* Te necesito.
- LEONOR.-** *(Satisfecha.)* Bien. Un rey necesita a sus vasallos pero ninguno debe sentirse imprescindible, nunca lo olvides. ¿Qué crees que debemos hacer?
- JUAN.-** Hablar con los nobles. Que todos me presten juramento de fidelidad.

- LEONOR.-** ¿Qué les darás a cambio?
- JUAN.-** Tendré que aflojar los tributos que pagan, pero no me preocupa, cuando haya pasado el peligro ya habrá ocasión de volverles a apretar el cinturón.
- LEONOR.-** Muy bien. ¿Algo más?
- JUAN.-** Pedir al arzobispo de Canterbury que oficie mi coronación lo antes posible.
- LEONOR.-** Sí, debemos movernos con rapidez. ¿Cuánto tardarías en llegar con tus hombres a Canterbury?
- JUAN.-** No sé, tres días, cuatro a lo sumo.
- LEONOR.-** Que sean tres, dentro de cuatro días es la ceremonia de tu coronación.
- JUAN.-** *(Perplejo.)* Pero...
- LEONOR.-** Ah, no te preocupes por los detalles, Guillermo Marshall se está ocupando de todo.
- JUAN.-** Dentro de cuatro días...
- LEONOR.-** Con los nobles he pactado una bajada de impuestos del veinticinco por ciento el primer año y un diez por ciento el segundo. A excepción del conde de Lusignan que mantendrá el veinticinco los dos años. Nunca me ha gustado esa familia, llevan la avaricia marcada en la frente.
- JUAN.-** *(Cada vez más perplejo.)* Pero Madre...
- LEONOR.-** *(A lo suyo.)* Sí, ya sé que a ti tampoco te caen bien. Jamás te fíes de ellos. La nobleza de Inglaterra y Aquitania te acompañaran en la coronación. Se lo he exigido.
- JUAN.-** ¿Lo has preparado todo antes de que yo acudiera a ti?

LEONOR.- Juan, un heredero al trono no puede esperar en palacio a que le ofrezcan la corona, tiene que cogerla. Y a ser posible con ambas manos.

JUAN.- Ya, pero...

LEONOR.- ¿Pensabas que no iba a apoyarte? ¿Acaso no eres mi hijo? ¿No corre mi sangre por tus venas?

JUAN.- Sí, madre.

LEONOR.- Pues ¿a qué esperas? Coge a tus hombres y emprende el viaje a Canterbury.

JUAN.- Sí, madre.

Juan se vuelve con rapidez para marcharse pero se para antes de salir.

JUAN.- *(Muy altivo.)* Madre, a pesar de la ayuda que me habéis prestado no olvidéis nunca que el rey... soy yo.

LEONOR.- *(Con una reverencia.)* Sería imposible que mi memoria lo olvidara, Majestad.

JUAN.- *(Desorientado.)* Eh, ¿Puedo ofreceros alguna compensación por vuestros servicios?

LEONOR.- Vuestra benevolencia con mis errores supera cualquier deseo que aceptarais concederme.

JUAN.- *(Pesado.)* Ya, no obstante, soy magnánimo y me gustaría ofreceros algún presente.

LEONOR.- Os dejo a vos la elección, majestad, seguro que con vuestra “magnanimidad” acertaréis plenamente en el obsequio.

JUAN.- Sin embargo...

LEONOR.- *(Desesperada porque no se va nunca.)* ¡Márchate de una vez, Juan!

JUAN.- Sí, sí madre.

Juan desaparece a toda prisa y aparece el soldado con una sonrisa en los labios por la escena presenciada.

SOLDADO.- ¿Satisfecha?

LEONOR.- Nunca me ha gustado recrearme en ese estado. Pero presiento que con tiempo podrá ser un buen rey.

SOLDADO.- Tiempo es lo único que no nos queda, señora.

LEONOR.- ¿Hemos de irnos ya?

SOLDADO.- Eso me temo.

LEONOR.- No os haré esperar más. *(Como si tuviera a su esposo delante.)* Ni a vos, Enrique. El tiempo ha tamizado tanto mi odio, que sólo quedan orillas en mi alma para el amor. Quince años lleváis esperándome en el infierno. Hacedme sitio, que disponemos de toda la eternidad para discutir.

Se vuelve hacia el soldado.

LEONOR.- Ya estoy lista. Podemos partir.

SOLDADO.- Cuando vos queráis, majestad.

LEONOR.- Soldado, disculpadme el trato de soberana, sospecho que dónde vamos no tienen validez los cargos.

SOLDADO.- Un rey no necesita vasallos, ni tierras para serlo. Leonor de Aquitania, siempre será Reina.

El soldado deja pasar a Leonor con una reverencia, ambos se dirigen hacia una luz blanca que los engulle. La luz pierde fuerza hasta apagarse del todo, salvo el foco cenital que ilumina el humilde trono de Leonor, ahora vacío.

TELÓN.-